

Selección TERROR

ESTIRPE DE VAMPIROS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Clark Carrados

SELECCION

TERROR

CLARK CARRADOS

ESTIRPE DE VAMPIROS

Colección SELECCION TERROR n.° 497
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

492 —*Sangre en la Morgue,* Curtis Garland
493 —*En un lugar del averno,* Adam Surray
494 —*El misterioso Martin Marks,* Clark Carrados
495 — *Darnos bajo la lluvia,* Curtis Garland
496 — *Tormenta mental,* Lou Carrigan

ISBN 840202506 4 Depósito legal: B. 26.900
1982

Impreco en Esparta - Printed in Spain

1.a edición: septiembre. 1982

2.a edición en América: marzo. 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son froto excesivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Bajo la fina llovizna, que parecía caer de un manto algodonoso que en ocasiones llegaba hasta el suelo, el pequeño pueblo de Höffenburgh se apareció súbitamente a los ojos del viajero, corno si hubiese estado hasta entonces oculto por un telón, alzado de pronto ante su llegada. La impresión de que el pueblo surgía bruscamente de un lugar oculto, como un conjunto fantasmagórico de casas y personas, resultó tan fuerte, que el viajero hubo de pisar el freno de su coche a fondo, para no entrar en la calle principal a demasiada velocidad.

Egbert Spencer hubo de rectificar muy pronto su primera impresión. El pueblo podía parecer una espectral agrupación de casas, la mayoría de tejados muy inclinados y con la armazón a la vista. Pero aunque no había personas a la vista, todo era real.

—Esto parece desierto —murmuró, mientras ahora avanzaba a la mínima velocidad posible.

Se preguntó cómo podría encontrar el camino para llegar al lugar deseado. Súbitamente, se oyó el tañido de una campana.

Buscó el campanario con la vista, pero no lo encontró, porque quedaba oculto por la bruma, que llegaba a ras de los tejados de las casas. La iglesia estaba allí, al otro lado de la calle, y los sones de las campanas parecían proceder de otro mundo.

De pronto, vio que se abría una puerta. Encima de la misma divisó el rótulo de una cervecería. Una mujer de mediana edad, de ojos tan claros, que casi no parecía tener pupilas, le miró fijamente.

Spencer paró el coche y se apeó.

—Señora, por favor, ¿puede indicarme el camino para llegar a Schwarzstein?

Spencer hablaba correctamente el alemán, pero no podía ocultar por completo el acento que indicaba su origen.

—¿Inglés? —dijo ella.

—Si, señora —sonrió el viajero.

La campana seguía sonando con unos tañidos muy especiales. Spencer volvió la cabeza hacia el origen de aquellos sonidos.

—Parecen toques de funeral —comentó.

—En efecto —contestó la mujer—. Soy Gerda Hauser, dueña de la taberna. De modo que se dirige a Schwarzstein.

—Sí, señora...

—Dudo mucho de que ahora encuentre a nadie en el castillo —contestó Gerda.

—¿Por qué? ¿Es que no está el propietario?

—El propietario es una mujer y la van a matar.

Spencer dio un respingo. Gerda parecía hablar en serio; no era el tipo de mujer dada a fantasías. Aparentaba unos cuarenta años y era gruesa, aunque no obesa, pechugona, rubicunda y de amplias caderas. En circunstancias normales, bebería cerveza como un hombre y reiría estruendosamente los chistes más verdes. Ahora, sin embargo, estaba muy seria, incluso ligeramente pálida, aunque no daba la sensación de sentirse amedrentada.

—Perdone, señora —sonrió Spencer—. Tengo entendido que en Alemania, hoy día, como en mi país, está abolida la pena de muerte.

—Eso no reza con los vampiros. A los vampiros hay que matarlos, dondequiera que se encuentren —respondió Gerda—. Yo no he querido asistir a la ceremonia, pero si desea presenciarlo, el cementerio está al otro lado de la calle que se ve a la izquierda. Allí está la mayor parte de la población, señor...

—Spencer, Egbert Spencer —contestó el viajero maquinalmente—. Bien, gracias, señora Hauser.

—Todos me llaman Gerda, señor. Luego, si lo desea, venga a tomar una copa; estoy segura de que la necesitará.

Gerda ya no dijo más. Dio un paso atrás y cerró la puerta bruscamente. El seco golpazo casi apagó por un instante el tañido de la campana.

Spencer se sentía devorado por la curiosidad. Volvió al coche, dio el contacto y arrancó en el acto. A los pocos instantes, torció a su izquierda y se metió por la calle transversal.

Había una suave pendiente y, a los pocos metros, terminaba la calle en el campo abierto. La bruma y la llovizna continuaban, persistentes, incansables. Pero le pareció que aquella especie de telón impalpable se abría delante de él, a medida que avanzaba, para cerrarse inmediatamente a sus espaldas.

—Esto no es posible murmuró—. Nos hallamos en pleno siglo XX, casi en las postrimerías, a menos de dieciocho años del final... y todavía hay gente que cree en vampiros...

El cementerio apareció casi de repente y frenó en seco. A menos de cincuenta metros de distancia, divisó las siluetas de un espeso grupo de gente que estaba congregado en lo alto de la pequeña loma donde se hallaba el camposanto.

Sin perder un segundo, saltó del coche y se puso un impermeable, calándose el sombrero. Luego se acercó discretamente al lugar donde, según Gerda Hauser, iba a procederse a ejecutar la sentencia de muerte contra un vampiro.

Un vampiro mujer y, por si fuese poco, la dueña de Schwarztein, el lugar al que se dirigía precisamente. ¿Cómo era posible que ocurriesen tales cosas sin que alguien tratara de impedirlo?

En aquel preciso instante, vio surgir de la bruma algo que le hizo dudar de su razón. Era casi el mediodía y por un momento pensó que estaba bajo el funesto influjo de una diabólica pesadilla.

* * *

Cuatro hombres se hicieron visibles, portadores de unas andas sobre las que se veía un ataúd. Al verlos, la multitud se apartó a ambos lados, sin un solo grito, sin el menor gesto de hostilidad o temor hacia los recién llegados.

El ataúd fue depositado en el suelo, a poca distancia de una tumba recién abierta. Un hombre se destacó de los espectadores.

Spencer lo observó atentamente. Era un sujeto muy alto, de casi dos metros de estatura, delgado, facciones correctas, «incluso perversamente atractivas», pensó, ojos que parecían tener pupilas de fuego y cabello intensamente negro.

Un detalle llamó sobre todo su atención. El sujeto estaba descubierto, pero la lluvia que caía sobre su cabeza parecía no mojarle. Se cubría con una larga capa negra, que igualmente parecía inmune a las gotas que caían de la bruma. De pronto, sacó las manos, largas, blancas, incoloras, como manos de un cadáver.

—Amigos —dijo, con voz que no era demasiado elevada, pero que, curiosamente, llegaba con claridad a todos los sitios—, estamos aquí reunidos para dar muerte al vampiro que nos ha atormentado durante estos últimos tiempos. Como sabéis, los vampiros no pueden moverse durante el día; su criminal actividad se desarrolla durante la noche, y de no haberlo hecho ahora, ya no habríamos tenido ocasión de conseguirlo.

Se oyó un murmullo de aprobación. Pero, en el mismo instante, sonó una voz de protesta:

—Señor Weissen, señor Darrad, yo no puedo aprobar este acto de idolatría porque, aunque en sentido negativo, no deja de ser un acto de adoración a los poderes malignos. No esperen mi cooperación, como tampoco he permitido que nadie tañese la campana de la iglesia, y. sin embargo, quebrantando mi prohibición, alguien está en el campanario, tocando a funeral.

—Váyase tranquilo, padre Franz —contestó el hombre alto—. No le necesitamos para nada, y si quiere denunciarnos a las autoridades, puede nacerlo. ¿Quién se atreverá a encarcelar a todo un pueblo, porque sus habitantes fueron lo suficientemente fuertes como para dar muerte al vampiro que asolaba y mataba a las personas honestas y sencillas?

Una hermosa joven se adelantó y, descubriendo su cuello, lo mostró al cura del pueblo.

—Mire aquí, padre Franz. El vampiro me mordió a mi y sólo por puro milagro estoy viva. No sé cómo, pero recobré el conocimiento cuando estaba sorbiendo mi sangre y aún tuve fuerzas suficientes para hacer la señal de la Cruz. Eso me salvó, ¿comprende?

El cura levantó la mano y trazó la cruz en el aire.

—Que Dios os perdone —murmuró.

Luego, abriéndose paso a viva fuerza entre la multitud, echó a correr hacia abajo, perdiéndose entre la bruma a los pocos instantes.

—Sigamos —dijo el hombre alto.

—Si, acabemos cuanto antes exclamaron varios.

—No podemos echarnos atrás ahora, señor Weissen —dijo otro.

El hombre alto, por tanto, se llamaba Weissen, dedujo Spencer. Hizo un gesto con la mano y dos hombres levantaron la tapa del féretro.

Movido por un impulso irresistible, Spencer alargó el cuello. Dentro del féretro podía verse una figura humana, una mujer, a juzgar por sus contornos. Estaba vestida completamente de blanco y, cosa curiosa, tenía las facciones cubiertas por un espeso velo, también blanco, encima del cual se había pintado una cruz negra.

—Si lo desean —dijo Weissen—, levantaré el velo, a fin de que todos puedan comprobar que la cosa que está aquí es el vampiro. No quiero que haya dudas, el día de mañana...

—¡No! —gritó uno. Es de día y no puede moverse, pero si abrir los ojos e influenciar a la gente con sus miradas. ¡Acabemos con el, pronto!

—Pronto, pronto... —repitieron otros muchos.

«Esto no puede ser. En alguna parte, hay una cámara oculta. Luego, alguien gritará '¡Corten!' y el rodaje de la escena habrá terminado y los actores empezarán a reír y a cambiar bromas. La que está en el ataúd se quitará el velo, se levantará sonriendo y alguien le dará un vaso de café con coñac. No, esto no es real...», pensó Spencer atropelladamente.

De pronto. Weissen sacó algo de debajo de su capa.

Un mazo y una estaca, vio Spencer, absorto. Por lo visto, iban a llevar la comedia adelante, hasta las últimas consecuencias.

La punta de la estaca se apoyó en el pecho de la mujer. Weissen pareció tomar aliento y luego bajó el mazo con todas sus fueras.

Se oyó un horripilante alarido. Algunas mujeres se santiguaron. Spencer creyó que iba a vomitar. Si era truco, estaba muy bien hecho porque vio la sangre saltar, en rojos chorros, fuera del pecho del vampiro. La blanca vestimenta quedó empapada en líquido escarlata.

La mujer del ataúd movió las piernas convulsivamente, a la vez que

se agarraba a la estaca con las dos manos. Weissen, como poseído por una furia irresistible, continuó asestando mazazos a la estaca, hasta atravesar por completo el cuerpo de la mujer.

Al mismo tiempo, ocurrió algo horrible.

Debajo del velo que cubría sus facciones, surgió un pequeño vapor, que se espesó rápidamente. Era un humo azulado, denso, nauseabundo, que se esparció rápidamente por las inmediaciones. Pero cuando ello ocurrió, la mujer del ataúd había dejado de moverse.

El silencio era absoluto. Al cabo de unos segundos. Weissen paseo la mirada por los rostros que le rodeaban. Spencer vio en sus facciones una rara expresión, como de triunfo, pero también creyó adivinar una perversidad que no parecía posible en un ser humano.

—El vampiro ya no nos molestará —dijo—. Ahora lo enterraremos y pondremos encima del ataúd una cruz de madera. En el fondo, siente gratitud hacia nosotros, porque le hemos liberado de una existencia infernal.

—Así es —convino el hombre llamado Darrad—. Bien, vamos a terminar el trabajo.

Spencer ya no quiso seguir escuchando. Tenía que ir a Schwarzstein, pero después de lo que había visto se sentía sin ánimos para culminar su viaje. Fuera o no un vampiro, allí, en el ataúd, había una mujer y ahora estaba muerta.

Regresó al coche, dio media vuelta y descendió por la calle que conducía a la principal. Entonces se dio cuenta de que pasaba por debajo de la iglesia.

En el mismo momento, oyó un horrible alarido.

Una sombra oscura cruzó la bruma velozmente, cayendo de las alturas, y chocó contra el suelo con un espantoso sonido. Spencer tuvo que frenar en seco para no atropellar a aquel cuerpo, que se había quedado quieto instantáneamente.

De un salto, se apeó del coche y corrió hacia el caído. Horrorizado, reconoció al padre Franz.

Miró hacia arriba. La bruma empezaba a disiparse y ya se podía ver el campanario. La campana había dejado de tocar. El funeral había concluido. Pero ahora había otro muerto. Y pronto habría otro funeral.

CAPITULO II

El profesor Daniel Vinceton Spencer cargó su pipa, atacó el tabaco con el pulgar y luego arrimó al fuego de la chimenea una larga astilla de madera. Cuando la pipa estuvo encendida satisfactoriamente, se reclinó en su butacón e hizo un gesto con la mano.

—Sirve otra copa de coñac, sobrino —indicó—. Me has contado una historia muy interesante, pero creo que hay algunos aspectos de la misma que es preciso aclarar.

El coñac gorgoteó suavemente al caer en las copas. Spencer cogió la suya con ambas manos y la agitó muy lentamente. Frente a él, la pipa de su tío despedía azuladas nubes de humo.

—¿Qué quieres que te aclare, tío? —preguntó—. Lo que te he contado ocurrió hace menos de una semana y todavía se me ponen los pelos de punta al recordarlo.

—Es lógico —convino el profesor—. A cualquiera, en tu lugar, le habría sucedido lo mismo, y no te reprocho que abandonases Höffenburgh a uña de caballo... aunque fuese un caballo mecánico, claro.

Spencer sonrió desvaídamente.

—Bueno, no marché inmediatamente. El pobre cura había caído delante de mis narices y tuve que quedarme un rato, para declarar lo que había visto. Las gentes del pueblo llegaron a la conclusión de que el padre Franz se había suicidado.

—¿Un cura católico, suicida? —se asombró el profesor—. Hombre, no digo que no pueda suceder; a fin de cuenta», son de carne y hueso, como nosotros. Pero me parece muy raro. Egbert.

—A mí también, pero eso es lo que se dice en Höffenburgh y, a fin de cuentas, yo era un forastero.

—Supongamos que el suicidio sea auténtico. Entonces, ¿por qué se tiró de lo alto del campanario?

—El padre Franz había prohibido que se mezclase la religión con una ceremonia que. en el fondo, le parecía de adoración al demonio. Por tanto, también prohibió que la campana tañese el toque de difuntos. Al volver del cementerio, subió a lo alto del campanario, sin duda para ajustar las cuentas al hombre irrespetuoso que tiraba de la cuerda de la campana. Pero allí no había nadie, tío.

—¿Cómo? —El profesor saltó en su asiento—, ¿Quieres decirme que la campana sonaba sin que nadie la tocase, por si sola?

Spencer asintió.

—Así es, tío. No había nadie en el campanario y la gente supuso que el padre Franz perdió la cabeza, aterrado, y que saltó desde lo alto de la torre. Algunos dicen que era el propio diablo quien tocaba la

campana.

—Me parece muy extraño que un cura no se atreviese a enfrentarse con el demonio —dijo el profesor—. Le habría mostrado la cruz que, sin duda, llevaba en alguna parte, o habría hecho ese signo con la mano...

—Como sea, eso es lo que sucedió, y por dicha razón ya no tuve ánimos para ir a Schwarzstein, para cumplir tu encargo. En cuanto pude, salí pitando de Höffenburgh.

—No te lo reprocho. Egbert —El tabaco de la pipa se había consumido y el profesor vació la cazoleta golpeándola contra uno de los morillos de la chimenea—. La verdad, se necesita mucha sangre fría para no escapar después de haber visto algo tan alucinante.

—Lo siento de veras, tío. Me hubiera gustado complacerte...

El profesor hizo un ligero ademán con el brazo.

—No tiene importancia —contestó—. Ciertamente, me habría gustado mucho que hubieses cumplido mi encargo, pero si te lo dije fue porque sabía que ibas a pasar relativamente cerca de Höffenburgh y que no te costaría mucho desviarte hasta ese pueblo. Es un tema que no me corre demasiada prisa y puedo esperar perfectamente hasta el otoño.

—Yo tengo que volver a Alemania apenas se pase el verano —dijo Spencer—. Entonces, creo, me sentiré con mejor ánimo y podré hacer lo que me pediste. Además, llevaré mejor material; no creo que con la cámara que tenía entonces hubiera podido conseguir gran cosa.

—Eso es bastante cierto, pero, como acabo de decir, no hay mucha prisa. Esperaré hasta tu próximo viaje, Egbert.

—Gracias por tu comprensión, tío —sonrió Spencer.

El profesor miró a su sobrino, un hombre de menos de treinta años, alto, robusto, bien parecido y con rostro franco y simpático.

Eres el vivo retrato de tu padre cuando tenía tu edad —dijo—. No me extraña que mi hermana se enamorase como una tonta de él.

—Tío, tu hermana es mi madre —rió el joven.

—Ya lo sé, y la quiero muchísimo, como a tu padre. Les darás recuerdos de mi parte cuando los veas, supongo.

—Lo dudo mucho. Hoy emprenden vuelo a Nueva York. Papá va a permanecer allí varios meses, por sus negocios. Mamá, como es lógico, viaja con él. No se han separado desde que se casaron.

—Una pareja realmente feliz —murmuró el profesor—. ¿Qué piensas hacer tú, Egbert?

—Bueno, ahora tendré que hacer un resumen de lo que he conseguido durante mi viaje y desempeñar el papel de mi padre en el negocio. Cuando, vuelvan, me lomaré unas vacaciones.

—Yo tengo que salir de viaje dentro de poco. ¿Por qué no te quedas en mi casa durante este tiempo?

Spencer meditó la proposición. Realmente, era muy tentadora. El profesor vivía en el campo, a muy poca distancia de Londres. Ir y venir a diario, por la autopista, no le llevaría más allá de media hora. Y, el viernes a mediodía, tendría todo un fin de semana para pasarlo en un lugar realmente encantador.

De acuerdo, tío —contestó—. Cerraré la casa de mis padres y el próximo fin de semana me trasladaré aquí.

El profesor señaló un libro que había sobre la mesa.

—Te convendrá leerlo, sobrino —dijo—. Lo encontrarás muy interesante y aprenderás muchas cosas, te lo aseguro. Por cierto, me has dicho que en Höffenburgh hay una joven que dijo haber sido mordida por el vampiro.

—Eso declaró ella, y yo mismo vi las señales de los colmillos en su cuerpo respondió Spencer.

—Si lo que dicen de los vampiros es verdad, entonces esa chica se ha convertido también en un vampiro. ¿Cómo se llama. Egbert?

—Gudrun Haschers, tío.

* * *

Finalizaba ya el estío, cuando cierto día, al atardecer, Spencer oyó que llamaban a la puerta.

Estaba solo en la casa. El profesor no había regresado aún de su viaje, pero lo esperaba de un momento a otro. Se preguntó quién podía visitarle en un lugar que, a pesar de hallarse relativamente cerca de Londres, parecía a veces como si estuviera en el otro confín del mundo.

Levantándose, cruzó la sala y abrió la puerta. Una hermosa joven apareció ante sus ojos.

—¿El profesor Spencer? —preguntó.

El joven contempló a la recién llegada durante unos instantes. Era bastante alta, de silueta fina y delicada, rostro muy blanco, ojos negros y cabellera como ala de cuervo. Vestía un sencillo traje que moldeaba las perfectas líneas de su cuerpo. La tela era de suaves colores pastel y era fácil adivinar un gusto exquisito en la elección de la indumentaria.

—Soy Ursula von Gézanyi —se presentó ella—. Es imprescindible que hable con usted, profesor.

Spencer se echó a un lado.

—Entre usted, señorita, pero debo advertirle que...

—Gracias, profesor.

Ursula llevaba un gracioso sombrerito de paja amarilla, de alas muy cortas, y se lo quitó con rápido gesto, agitando luego la cabeza para arreglar su frondosa cabellera. Sonriendo, miró al joven.

—Vengo de Londres, expresamente, para hablar con su sobrino, que no está en la dirección que me indicaron. ¿Puede decirme dónde encontraré a su sobrino, profesor?

Spencer sonrió.

—Aquí, señorita Von Gézanyi —contestó.

Ella miró a todos lados.

—Soy yo —añadió él.

—Oh... Ya me parecía a mí que era demasiado joven... No sé cómo disculparme, señor Spencer...

El joven señaló un enorme diván, situado cerca de la chimenea, ahora apagada, dada la estación.

—Siéntese y prepararé un poco de té —dijo—. ¿O prefiere otra cosa?

—Té, muchas gracias.

Spencer se marchó, preguntándose quién demonios podía ser aquella muchacha. El apellido indicaba origen húngaro, pero la partícula «von» señalaba su ascendencia germánica. Algún antiguo noble magiar, emigrado en tiempos pretéritos a Alemania, supuso.

Minutos después, regresaba a la sala. Durante un rato, se dedicaron a realizar el sagrado rito del té. Luego, Spencer se reclinó en un butacón y miró a su visitante.

—Señorita Von Gézanyi, le agradecerla me explicase por qué busca a mi tío. Francamente, no soy tan presumido como para suponer que mi atractivo personal es algo irresistible para las mujeres. Aparte de ello, no nos conocíamos y... Bien, ¿qué le sucede?

—Señor Spencer, usted estuvo en Höffenburgh el día en que mataron al vampiro —dijo ella—. No buscaba a su tío, sino a usted.

El joven se puso rígido en el acto.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Me lo dijo Gerda Hauser, la dueña de la taberna. Además, tuvo que declarar lo que había visto cuando se suicidó el padre Franz.

—Sí, es cierto, señorita. ¿Qué más?

Ursula cerró los ojos un instante. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Señor Spencer, ¿sabe que la mujer cuyo corazón fue atravesado por una estaca de madera era mi madre?

Spencer se quedó estupefacto. Había esperado cualquier cosa de su bella visitante, pero lo que acababa de escuchar superaba a todo cuanto pudiera imaginarse.

—Su madre...

—Sí —confirmó Ursula—. Y si es cierto lo que se decía de ella, entonces yo soy hija de un vampiro... de estirpe de vampiros, para ser más exactos.

—No puedo creerlo. Estas cosas ya no pasan hoy día.

—Pero, sin embargo, presenció aquella horrible ceremonia.

—Sí, desde luego, y la mujer que estaba en el ataúd chilló horriblemente, cuando sintió que la estaca hería su pecho. No sé qué pensar, señorita; desde entonces, me he atormentado, tratando de hallar una explicación lógica para tales sucesos. Debo confesar humildemente que no la he encontrado.

Ursula lanzó una amarga carcajada.

—La explicación es mucho más sencilla —contestó —. El castillo de Schwarzstein y las tierras que lo circundan, pertenecen desde hace más de ciento cincuenta años a los Von Gézanyi. Simplemente, mi madre murió para que un desaprensivo pudiera quedarse con nuestras propiedades —preguntó Spencer, que no salía de su asombro— que alguien ideó aquella siniestra comedia, para apoderarse de sus bienes?

—Estoy absolutamente segura. Es más, el autor de aquella horrible simulación, que no fue sino un asesinato, ha presentado ya un testamento de mi madre en su favor, como viudo de ella, dejándome a mí una exigua parte de cuanto me corresponde, una fracción ridícula e insignificante. Y hay más todavía; mi madre no se casó con ese hombre, por lo que el testamento es falso y lo que ha cometido, en realidad, es un robo.

Spencer no dejó de advertir el tono acalorado de la joven. Resultaba lógico; a fin de cuentas, era parte interesada en el asunto.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo? —preguntó, abrumado por el relato de su hermosa visitante.

—Es bien sencillo. El profesor tenía que haber ido a Schwarzstein hace algún tiempo para examinar un libro muy antiguo que hay en la biblioteca del castillo. Me lo dijo él mismo, el supuesto viudo de mi madre.

—Si, es verdad.

—¿Por qué no va ahora, haciéndose pasar por el profesor, para averiguar la verdad de lo que sucede allí? Yo correría con todos los gastos...

—Señorita, ¿por qué no recurre a la policía? —preguntó él bruscamente.

—En cuanto a la muerte de mi madre, no se conoce oficialmente ni se ha dado el menor paso para esclarecer la verdad. Respecto al testamento, el tribunal competente lo ha estimado legítimo, y por lo tanto, el «viudo» ha entrado en posesión de la herencia.

Spencer meditó durante unos momentos. Realmente, la aventura le atraía, pero, al mismo tiempo, sentía cierto temor de enfrentarse con alguien que parecía tener poderes sobrenaturales. Al menos, aquel hombre había embaucado a toda una población, haciendo creer a las sencillas gentes de Höffenburgh que ejecutaban a un vampiro.

—Es Weissen, ¿verdad?

—Sí, el mismo. ¿Lo conoce?

—Le he visto una sola vez, pero es un rostro que no se olvida con facilidad —contestó Spencer.

—Entonces, ¿acepta?

El joven hizo un gesto de aquiescencia. Ursula abrió su bolso y sacó un cheque.

—Para los primeros gastos —indicó sonriendo.

—No es necesario...

—Acéptelo, se lo ruego.

—Pero no puedo hacerme pasar por mi tío. el profesor...

—¿Es que usted no puede ser también profesor? —sonrió Ursula.

—Está bien. Debo de estar loco cuando he aceptado, pero la verdad es que dentro de poco tenía que ir a Höffenburgh. ¿Estará usted en Schwarzstein a mediados de la semana próxima?

Ursula se levantó y le tendió una mano.

—Allí nos encontraremos... profesor.

Al quedarse solo, Spencer se dio un cachete en la cara. Una cara bonita le había convencido sin demasiada dificultad de hacer algo que no le gustaba demasiado. Sus intenciones eran de ir a Schwarzstein, fotografiar el libro que interesaba a su tío y marcharse cuanto antes. Ahora tendría que permanecer en aquel lugar Dios sabía cuánto tiempo y...

—Bueno, si es cieno que hay vampiros, al menos terminaron con uno — murmuró, recordando una vez más la horrible escena que había presenciado meses antes.

Luego, su vista recayó sobre el libro que tiempo atrás le había recomendado su tío y que se hallaba sobre una mesa inmediata. El título del libro era altamente adecuado a la ocasión, a pesar de su longitud:

De cómo una persona puede convertirse, a voluntad, en un vampiro, y de los medios más comunes y absolutamente eficaces para combatir a esos horribles seres.

«Escrito por Jacobus Albinus, año MCMLXXI.»

La fecha estaba en caracteres romanos, pero el libro había sido escrito unos diez años antes, y el título, pretendidamente escrito en estilo antiguo, tenía como objeto llamar la atención de la gente.

Se preguntó quién sería aquel Jacobus Albinus y dónde podría ponerse en contacto con él, para discutir algunos pasajes del texto.

Pero el libro había sido publicado en Alemania y tendría que esperar a viajar allí, para preguntarle al editor por la dirección del autor.

De modo que una persona, a voluntad, puede transformarse en vampiro —murmuró.

A él no le gustarla, fue la conclusión a que llegó momentos después.

CAPITULO III

Ahora ya podía ver el castillo de Schwarzstein, en lo alto de la colina, a menos de un kilómetro de la población. Realmente, el nombre de castillo era muy poco apropiado. Era más bien un antiguo caserón de dos plantas y ático, con tejado de pizarra, a dos aguas y. eso sí, construido con recios sillares de piedra. Sin embargo, en el ángulo norte había una torre cilíndrica, con remate cónico, cuyo vértice superior sobresalía unos pocos metros por encima del tejado.

En torno al castillo había un parque muy frondoso. Al otro lado, se veía la cinta de plata de un arroyo. Debía de formar parte de las propiedades de la madre de Ursula. Se preguntó si la señora Von Gézanyi había despertado al sentir el dolor de la estaca, un horrible despertar que había precedido en pocos segundos al sueño eterno.

La temperatura era aún excelente y decidió tomar una jarra de cerveza, para lo cual se detuvo en la taberna de Gerda Hauser. Entró y se acercó al mostrador.

El local estaba desierto en aquellos momentos. A los pocos segundos, se hizo visible una hermosa joven.

—¿Señor?

—Perdone... Creí que la señora Hauser estaría aquí...

—Nos vendió la taberna la semana pasada. Yo atiendo ahora a los clientes, señor. Me llamo Gudrun Haschers.

Spencer abrió la boca, estupefacto.

—Gudrun Haschers... —repitió—. La chica que fue atacada por un vampiro...

—¿Cómo? ¿Lo sabía usted, señor? —se asombró ella.

El joven carraspeó.

—Yo estaba aquí el día en que se mató al vampiro —contestó.

—Fue un acto de justicia —contestó Gudrun acaloradamente—. A mí me atacó una noche y aún no consigo explicarme cómo estoy viva.

Spencer buscó con la vista el lugar donde se había producido la mordedura del vampiro. Gudrun, orgullosa, añadió:

—Esas señales han desaparecido ya, gracias al señor Weissen. El me indicó la forma en que podía conseguirlo y dio resultado y. además, me libró a mi de convertirme en otro vampiro.

—¿Cómo lo hizo, señorita Haschers?

—Todos los días, a media noche, tenía que frotarme con una mixtura de ajo, boj y mirto, mezclado con un poco de aceite de oliva, expuesto durante una semana a los rayos de la luna en creciente. Luego, ponía unas gotas de esa mixtura en agua y me bebía una copita. A las pocas semanas, mi cuello había recobrado su aspecto habitual. Y ya ve —añadió Gudrun riendo—, puedo vivir durante el

día, cosa que no les ocurre a los vampiros. Naturalmente, no siento deseos de morder a nadie ni mucho menos de beberme su sangre.

Spencer se sentía estupefacto. Aquella hermosa muchacha, que por otra parte, parecía perfectamente normal, hablaba con absoluta seriedad de algo que no eran sino absurdas supersticiones. «Aunque, ciertamente, la fórmula está mencionada en el libro de Jacobus Albinus», pensó.

—La felicito, señorita —sonrió, cuando se hubo recobra-, do de la sorpresa—. Y ahora, ¿quiere ponerme una jarra de la que, sin duda, es excelente cerveza?

—Claro, señor, ahora mismo.

Gudrun llenó la jarra. Realmente, era una estupenda cerveza, apreció el forastero. Chasqueó la lengua y ya se disponía a hacer una pregunta a la muchacha, cuando, de pronto, entró un hombre.

Tenía unos veinticinco años y era bien parecido. Miró con timidez a un lado y otro y, al fin, se decidió a avanzar hacia el mostrador.

—Señorita...

—Diga, señor —contestó Gudrun.

—Perdone la pregunta, pero... ¿dónde podría encontrar a Zarah Kopff? Es la maestra de Höffenburgh...

Gudrun respingó:

—¿Ha dicho la maestra del pueblo, señor?

—Sí, en efecto. Yo soy su prometido. Me llamo Ferdy Ruden, pero hace ya unos cuantos meses que no tengo noticias de ella. Le he escrito unas cuantas cartas y todas me han sido devueltas...

Ruden se volvió hacia Spencer y emitió una sonrisa de circunstancias.

—Temo que esté enfadada conmigo y por eso me devuelve las cartas —añadió—. Peleas entre enamorados, claro, pero yo sigo queriéndola y...

—¡Señor Ruden! —exclamó Gudrun—. La maestra se marchó de Höffenburgh hará casi seis meses.

El recién llegado dio un fuerte respingo.

—¿Está segura, señorita?

Pregunte por todas partes... todos le dirán lo mismo; la maestra, un buen día, alzó el vuelo... y no sola precisamente. Lo siento, pero es así.

Ruden parecía anonadado.

—¿Quiere decir que se fugó con un hombre?

—En efecto, señor. Un buen día, nos dimos cuenta de que ellos no estaban en el pueblo...

—Zarah haría cualquier cosa, menos fugarse con otro hombre...

Gudrun, compasiva, abrió una botella y llenó una copa.

—Tome un trago, señor Ruden. Está pálido como un muerto y lo

que ha pasado es algo que ya no se puede remediar.

Ruden buscó una silla y se sentó, como si se sintiera incapaz de mantenerse en pie. Al verlo, Spencer se sintió lleno de compasión hacia aquel pobre muchacho, que parecía incapaz de asimilar un golpe tan duro.

Gudrun salió del mostrador, con la copa en la mano, y le hizo beber a la fuerza. Ruden tosió un poco y luego, repentinamente, con súbita decisión, se puso en pie.

—Zarah no se fugó con nadie, jamás lo habría hecho —exclamó—. Y creo que podre demostrar que eso que se dice es una asquerosa calumnia.

Lanzó una moneda sobre el mostrador y salió corriendo a la calle. Gudrun cambió una mirada con Spencer.

—¿Qué mosca le habrá picado? —murmuró.

—Los enamorados, a veces, tienen cosas raras —sonrió el joven—. Por cierto, ¿tiene usted novio?

—Sólo pretendientes, aunque, en el último momento, se echan para atrás —contestó ella.

—¿Por qué?

Gudrun se tocó el lado izquierdo del cuello.

—Todavía no se creen que estoy curada —respondió.

—Oh... Pues si yo viviese en el pueblo, me gustarla demostrarle que no me importa que haya sido mordida por el vampiro.

—Eso no es tan difícil de hacer —contestó ella mirándole a través de los párpados entornados.

Hubo un instante de silencio. Spencer contempló los firmes senos de la joven, cuyo arranque podía verse por el amplio escote de su blusa, los labios rojos, jugosos y la sedosa tersura de su piel, y se dijo que el vampiro tendría que sentirse muy infeliz en el otro mundo, por haber fracasado con Gudrun.

—¿Cómo se puede conseguir? —preguntó al cabo.

—Hay una posada en el pueblo, pero aquí también tenemos un par de habitaciones para forasteros.

—Sus padres...

—Están ausentes.

Un par de hombres entraron en la taberna. Gudrun volvió a mirar al joven y sonrió de una forma peculiar.

—Traiga el equipaje más tarde — bisbiseó.

Spencer asintió. Apuró la cerveza y salió a la calle.

El sol, en el ocaso, lanzaba sus rayos sobre Schwarzstein, tiñendo los grises muros de un color rojo intenso. Parecía como si el edificio hubiera sido pintado con sangre humana y la visión le hizo sentir un escalofrío.

Luego caminó un poco al azar por las calles del pueblo. Sus pasos

le llevaron, cuando ya era casi de noche, a las inmediaciones de la iglesia.

Levantó la vista. El campanario era una silueta oscura, tosca, amenazadora. Unos meses antes, el cura de aquella iglesia había caído de las alturas.

Spencer lo recordaba muy bien. El padre Franz había gritado... pero su grito, ¿se había iniciado antes de la caída o durante esta?

En aquel momento, tuvo el presentimiento de que el pobre sacerdote no se había suicidado. Alguien lo había asesinado. ¿Por qué?

Al cabo de un rato, regresó a la taberna. Gudrun le contaría muchas cosas a la noche, estaba seguro de ello. Y, a fin de cuentas, un día de retraso en llegar a Schwarzstein no tenía ninguna importancia.

Estaba dispuesto a pasar en Höffenburgh todo el tiempo que fuese necesario, para llegar al fondo de aquel enigma.

* * *

Abrió la puerta con todo cuidado y escuchó unos momentos. No había nadie en la casa y el silencio era absoluto.

Ruden terminó de entrar, cerró a sus espaldas y encendió una linterna que había traído consigo. El disco luminoso se paseó por el interior de la estancia.

Al fondo, divisó una chimenea. Avanzó paso a paso y. arrodillándose, metió buena parte del cuerpo, alumbrando hacia arriba con la lámpara. Luego paseó la mano izquierda por el interior. Al cabo de unos momentos, la retiró, limpiándose maquinalmente en las ropas el hollín que impregnaba sus dedos.

Retirándose, quedó de rodillas en el suelo, moviendo la linterna a derecha e izquierda. El suelo de la chimenea estaba completamente limpio.

Al cabo de unos momentos, se cambió la linterna a la mano izquierda y, adelantando otra vez el torso, empezó a golpear los ladrillos del suelo con los nudillos de la mano derecha. Cuando terminó el recorrido, volvió a sentarse sobre los talones, defraudado porque no había captado sonido a hueco.

De pronto, vio algo que llamó su atención.

Los morillos de la chimenea eran grandes, de hierro forjado. rematados en sendas bolas, de más de diez centímetros de diámetro. Ruden probó con una de ellas, pero no obtuvo el menor resultado.

Hizo otra intentona con la bola de la izquierda. Una mano no era

suficiente, así que dejó la linterna en el suelo y agarró el hierro con una mano y la bola con la otra.

Luego hizo una seca torsión. Se oyó un ligero chasquido.

Ruden sonrió satisfecho. Iba a completar la tarea cuando, de pronto, creyó oír Un ruido a sus espaldas.

Alarmado, se levantó de un salto y giró en redondo. Una forma alta, oscura, de ropas aleteantes como alas de un espíritu infernal, se le arrojó encima.

Ruden peleó desesperadamente. Percibió un ardiente soplo cerca de su cuello y sintió que los pelos se le ponían de punta.

Hizo un esfuerzo frenético, para desasirse de su atacante, pero todo resultó inútil. Aunque era joven y robusto, el otro parecía disponer de una fuerza infinita.

Bruscamente, sintió dos agudos pinchazos en el lado izquierdo del cuello. Inmediatamente, notó el cálido fluir de la sangre que se escurría por sus ropas hacia el pecho.

¿Era cierto que todavía existían los vampiros?, se preguntó, mientras se debatía con enorme desesperación, consciente de que eran los últimos momentos de su vida.

De pronto, notó un fuerte estruendo dentro de su cabeza. El vampiro, pensó, mientras se precipitaba hacia la sima de la inconsciencia total. Había tenido que darle un golpe, a fin de conseguir reducirle. Empezó a caer al suelo, pero el contacto con el pavimento sobrevino sin que ya sintiera nada.

Transcurrieron varios minutos. La forma negra estaba inclinada sobre el inconsciente Ruden. Al cabo de un rato, aquella cosa se irguió y, en silencio, abandonó la casa.

CAPITULO IV

Spencer se despertó y estiró los brazos voluptuosamente. Miró a su izquierda; en la almohada se divisaba todavía el hueco de la cabeza de Gudrun.

Una noche maravillosa, se dijo. Gudrun había resultado ser una joven ardiente, con fuego en el cuerpo y pasión en los labios. Al final, muy entrada la noche, agotados ambos, se habían sumido en un profundo sueño, del que él despertaba en aquellos momentos.

Gudrun se habría levantado antes, para atender el local. Empezaba a pensar en las delicias de un buen baño, cuando, de pronto, se abrió la puerta y entró la chica, con una bandeja en las manos.

—Buenos días —saludó Gudrun alegremente—. ¿Ha descansado bien el señor?

—Gudrun, voy a comprar la taberna y a la tabernera, y así no tendré que compartirte con nadie —contestó él con no menor jovialidad.

—No estoy en venta, Egbert. Pero siempre que quieras un trago... Por cierto, no sé qué tomas para el desayuno, aunque espero que no te desagrade lo que te he preparado.

—Me comería una mula con herraduras y todo. Mejor dicho, te comería a ti...

—Entonces, se habría acabado la diversión.

—Eso es cierto —Spencer mordisqueó una galleta, espesamente untada de mantequilla y tomó un sorbo de café—. Muy bueno, excelente —elogió.

Ella se sentó en el borde de la cama.

—Habrás podido comprobar que no muerdo dijo.

Spencer se tocó el lado izquierdo del cuello.

—La fórmula para curar el vampirismo resultó ser muy acertada —contestó—. Weissen, por lo visto, entiende de esto.

—No me cabe la menor duda. Por eso estamos seguros de que el vampiro ha muerto.

—El vampiro — repitió él—. Dime, ¿cómo te atacó?

—Bueno, yo había ido a llevar al castillo una cesta con algunas provisiones y sobrevino una espantosa tormenta. Llovía a mares y la baronesa me dijo que aguardase a que se pasara el mal tiempo. Weissen vino poco después, y dijo que el arroyo se había desbordado y que cortaba el camino, así que tuve que quedarme a dormir en Schwarzstein. Por la noche, ella entró en mi dormitorio y me mordió en el cuello y me chupó la sangre.

—Has dicho ella. Gudrun.

—Sí, Marpha, baronesa von Gézanyi. La dueña del castillo.

—¿La viste?

—Ya lo creo. Yo tenía un libro para leer en la cama y me quede dormida, sin apagar la luz. Cuando desperté, ella estaba ya agarrada a mi cuello con sus malditos colmillos... Forcejeamos y pude rechazarla. Cayó al suelo; tenía manchas de sangre en la boca, en el cuello, en el pecho... Quiso atacarme de nuevo, pero hice la señal de la cruz y escapó, lanzando unos aullidos espantosos... Luego me desmayé, pero, al día siguiente, el señor Weissen me atendió y me dijo que guardara silencio, que él se encargaría de solucionar aquel terrible problema.

El pecho de Gudrun se agitaba violentamente. Spencer vio que estaba muy alterada.

—No sigas, por favor...

—Deja, tengo que desahogarme. A veces, todavía sueño con esa maldita mujer... ¿Sabes que no soy la única persona a la que atacó?

—¿De verdad? ¿Mordió a más gente?

—Dos, un hombre y una mujer. Fueron encontrados en el campo, no lejos del castillo, con las señales de los colmillos en el cuello y sin una gota de sangre en el cuerpo. El señor Weissen se ocupó de enterrarlos, después de clavarles una estaca de madera en al corazón. Nosotros no nos atrevíamos, pero él y su criado Harro...

—Ah, tiene un criado.

—Sí, es lógico. Schwarzstein es bastante grande y se necesita servidumbre. También vive allí la señora Ersting, como ama de llaves o algo por el estilo.

—Ah... De modo que la baronesa era un vampiro...

—No lo dudes, Egbert. Lo que sucede es que aquí éramos un poco egoístas y no nos preocupamos gran cosa de lo que sucedía. Los muertos por el vampiro eran forasteros, ¿sabes?

—Y sólo se actuó, cuando él vampiro atacó a un indígena —sonrió Spencer.

Gudrun se pasó una mano por el cuello.

—No es cosa de broma. Egbert —contestó.

—Perdona, no quise ofenderte. Por cierto, ¿conocías al prometido de la maestra?

—No, nunca le había visto. A ella si, claro. Era una muchacha tranquila, muy modosa... y nos quedamos de piedra cuando nos enteramos de que, de la noche a la mañana, se había largado con un hombre. (Para que te fíes de las mosquitas muertas)

—El hombre era de Höffenburgh, supongo.

—Si, un viejo solterón, que tenía bastante dinero. Por eso se fue con él. Y nadie sabe dónde están; aunque me parece lógico que quieran ocultar su paradero.

—Bueno, siendo los dos solteros... No tiene demasiada

importancia, creo.

—Para mí que los dos estaban hartos de vivir en un pueblo tan pequeño. Se pusieron de acuerdo, alzaron el vuelo y ya no volverán más por aquí —dijo la joven—. ¿Cuándo vas a Schwarzstein?

Spencer puso la bandeja en las manos de Gudrun y apartó las ropas de cama.

—En cuanto me haya aseado —respondió.

* * *

El coche se detuvo en la explanada que había ante el edificio. Cuando Spencer ponía el pie en el suelo, se abrió la puerta principal y un hombre apareció en el umbral.

—¿Profesor Spencer?

El joven asintió. Aquél no era Weissen, desde luego.

Tenía unos cuarenta años y era de mediana estatura y muy ancho de hombros, lo que daba idea de que debía poseer una fortaleza descomunal. Sin embargo, tenía un rostro normal: Spencer se dijo que, al verle por primera vez, todo el mundo habría esperado contemplar unas facciones de simio. Pero la sonrisa del criado era franca y acogedora.

Soy Harro, señor. Si me lo permite, me ocuparé de su equipaje —añadió.

—Gracias, Harro. Por lo visto, me esperaban.

—En efecto. El señor recibió su carta y me previno para el día de su llegada.

—Gracias, muy amable.

—La señora Ersting le atenderá, señor. El señor Weissen está ausente en estos momentos, pero nos encargó le recibiéramos adecuadamente.

Spencer asintió y cruzó la puerta. La escalera que conducía al piso superior era amplia, en medio caracol, con peldaños muy anchos y barandilla de piedra. El suelo era de grandes losas grises, de dos tonos, lo que aliviaba en cierto modo la pesadez ornamental del conjunto.

Una mujer salió de una puerta situada al fondo. Aparentaba unos cuarenta años y era todavía bastante atractiva. El pelo era castaño, peinado severamente hacia atrás y partido por una raya central. En el rostro se adivinaban unos leves toques de maquillaje.

—Soy Matilde Ersting, el ama de llaves, profesor —se presentó—. Si me lo permite, le acompañaré a su habitación.

—Lamento causarles tantas molestias, señora Ersting —sonrió el joven.

—Al contrario, es un placer. Sígame, se lo ruego.

Spencer tenía curiosidad por saber algo, pero prefirió callar por el momento. Harro entró en aquel momento con su equipaje, en el que figuraba una caja que contenía varias cámaras fotográficas, que el joven pensaba utilizar en la biblioteca del castillo.

Cuando llegaban al primer piso, se abrió una puerta y Ursula se hizo visible.

—Ah, señorita —exclamó el ama de llaves—, aquí está el profesor Spencer. Profesor, le presento a la señorita Ursula, hija de la difunta baronesa.

Spencer hizo una cortés reverencia.

—Es un placer dijo.

—Celebro conocerle, profesor —contestó ella—. Nos sentimos muy halagados de que una persona de tanto renombre haya elegido esta casa para sus investigaciones. Sea bien venido, profesor, y considérese en Schwarzstein como en su propio *cottage* de Inglaterra.

—Muy amable, baronesa...

—Perdone, pero el titulo ya no me pertenece. Lo heredó el segundo esposo de mi madre.

—Le ruego me disculpe. Ignoraba esa circunstancia, señorita. Con su permiso...

Ursula se encaminó hacia la escalera, cruzándose en el camino con el criado. Spencer entró en su dormitorio, una vasta pieza, con un enorme lecho, provisto de dosel de tela gruesa, roja, con bordados de oro. y sostenido por cuatro columnas de madera, artísticamente talladas.

Matilde abrió una puertecita situada al fondo.

—El cuarto de baño, profesor.

—Gracias, señora Ersting.

Marro dejó las maletas sobre una banqueta y se retiró en silencio. El ama de llaves se acercó a la puerta y, con la mano en el picaporte, miró al recién llegado:

—El almuerzo, a las doce y media, profesor —informó—. La cena, a las siete Matilde dulcificó su expresión con una leve sonrisa—. Pero no son más que horarios que usted debe conocer; en su caso, nadie le exigirá puntualidad para llegar al comedor.

—Es usted muy amable. Gracias, señora Ersting.

Matilde cerró la puerta. Spencer se quitó la chaqueta y aflojó un poco el nudo de la corbata. Ursula no había dicho nada acerca de él y comprendió que la muchacha quería que su visita a Inglaterra quedase en secreto.

Poco más tarde, después de repartir el equipaje por los armarios, cargó con una bolsa que contenía una cámara y lámparas, y salió de la habitación.

Matilde estaba en el vestíbulo, limpiando el polvo de un jarrón. Spencer le preguntó por la biblioteca y ella le señaló una puerta.

—Allí, profesor. La señorita Ursula está dentro...

—Gracias.

Spencer entró en la biblioteca, bastante bien provista, apreció. Tras cerrar la puerta, se detuvo un instante, para contemplar a la muchacha, situada en pie, frente a un enorme atril, sobre el que había abierto un gran libro, muy antiguo, según todas las apariencias.

El joven sonrió y avanzó hacia ella.

—Celebro verla, señorita —dijo.

—Es un placer, profesor.

De pronto. Ursula se llevó un dedo a los labios. Luego le tendió un trozo de papel, en el que había escritas unas cuantas líneas.

Asombrado, Spencer leyó aquel breve mensaje.

«¡Cuidado! Puede haber micrófonos ocultos.»

El joven asintió. Ursula sonrió.

—¿Un viaje fatigoso, profesor?

—Según se mire. He venido despacio, contemplando el paisaje, sin prisas... Así no se cansa uno. Oiga, esto es muy bonito; tiene unos paisajes encantadores...

—Celebro que le guste Schwarzstein —dijo ella—. ¿Permanecerá mucho tiempo aquí?

—Todo el que sea necesario... hasta haber terminado la labor que me he impuesto.

—Si puedo ayudarle en algo, no dude en decírmelo—. Ursula escribió algo rápidamente en un papel y se lo mostró por encima del atril.

Spencer leyó el segundo mensaje.

«A la medianoche, en mi habitación. Es la hora más segura». Muchas gracias por su ofrecimiento, señorita. Y ahora, si no le importa, voy a buscar el libro que necesito.

—¿Puede decirme el título? Conozco bien la biblioteca y creo que lo encontraría sin grandes dificultades.

—Muy bien. El titulo es el siguiente: *Relación de los procesos contra Werner Horsdock y siete personas más, seguidos contra ellos por el delito de vampirismo.* Es muy antiguo y no se conocen ejemplares que hayan llegado hasta nuestros días, salvo el que, presumo, está aquí.

—Muy bien, vamos a verlo.

Ursula se separó del atril y empezó a buscar por las estanterías. Al cabo de un minuto, lanzó una exclamación:

—Ah, aquí está. Profesor...

Spencer no contestó. Intrigada, Ursula volvió la cabeza y vio al

joven agachado, mirando debajo del atril.

De pronto. Spencer hizo un brusco movimiento.

El atril empezó a volcarse. Spencer trató de detener su caída, pero no lo consiguió. Ella emitió un gritito de susto.

—Oh, qué torpe he sido —dijo el joven—. Perdóneme, señorita; no sé qué decirle...

Spencer se apresuró a levantar el atril. Luego colocó el libro encima. Después, hizo una breve seña a la muchacha.

Ursula se acercó. Spencer le enseñó algo que parecía un disco de unos cinco centímetros de diámetro, por uno de grueso, situado justo bajo el borde inferior del atril.

—Es un diminuto emisor de radio —dijo—. Le he dado una patada y creo que ya no funciona. Fíjese bien y, en cuanto vuelva por aquí, mire a ver si lo han repuesto.

—De acuerdo —murmuró ella.

Vaciló un momento y luego le entregó el libro.

Spencer bajó la mirada y la fijó en la cubierta. Luego lo abrió y leyó lo que había impreso en la primera página. Además del título, figuraba el nombre del autor y el año de la edición.

Por un instante, sintió que la cabeza le daba vueltas. Era imposible, se dijo.

El libro había sido escrito por Jacobus Albinus y publicado en el año 1716. La fecha en cifras romanas, MDCCXVI, no permitía lugar a dudas.

CAPITULO V

Estaba en el gran salón del castillo» contemplando el paisaje, pero con la mente muy lejos de aquel encantador panorama. Desde allí, podía divisar el río, que corría mansamente entre los árboles frondosos. Un pescador, sentado apaciblemente sobre la hierba dejaba pasar el tiempo, en espera de que algún pez incauto picase el anzuelo.

Un poco más cerca, un hombre se movía junto a la orilla del río. Sin duda, un paseante, se dijo.

De pronto, vio que el paseante se inclinaba y alargaba la mano hacia el agua, como si pretendiese coger alguna cosa. Le intrigó su actitud y entonces recordó el telescopio que estaba en un ángulo de la sala, situado sobre su trípode.

La distancia era de unos mil metros. El aparato óptico agrandó las imágenes enormemente. Atónito. Spencer reconoció a Weissen. ¿Qué hacía allí el padrastro de Ursula?

Al cabo de unos momentos, Weissen se irguió y continuó su camino, que le conducía de vuelta al castillo. Spencer decidió que el incidente no tenía importancia.

Al separar la vista del telescopio, notó que el pescador había conseguido atrapar una pieza con el anzuelo. «Vamos a ver qué suerte ha tenido», se dijo, y volvió a mirar por el telescopio.

Lo que el pescador sacó en el anzuelo no era un pez precisamente, sino una bolsa que parecía de tejido impermeable y de la que se desprendían unos gruesos goterones de una sustancia de color rojizo oscuro. Spencer vio que el hombre soltaba la caña, como si de repente se hubiera convertido en un hierro al rojo vivo, y luego se ponía en pie de un salto.

Al cabo de unos momentos, el pescador sacó una navaja, cortó el hilo y lanzó al agua aquella bolsa. Debía de ser basura, pensó Spencer. «En todas partes hay gente desaprensiva, reñida con la higiene y la ecología», se dijo.

Dejó el telescopio en su sitio, sacó un cigarrillo, lo encendió y luego buscó un sillón. Había traído el libro consigo y contempló el titulo de la cubierta.

Luego abrió el libro. Jacobus Albinus, MDCCXVI, releyó una vez más.

¿Era el antepasado del Jacobus Albinas que había escrito un libro sobre un tema semejante, aún no hacía menos de diez años?

Los títulos, y el nombre, idéntico en ambos casos, parecían confirmar sus suposiciones.

Pasó un buen rato. De pronto, oyó voces en el vestíbulo.

Momentos después, se abrió la puerta del salón. Un hombre entró, con la sonrisa en los labios y la mano tendida hacia el forastero.

—Profesor Spencer, cuánto celebro conocerle —dijo el recién llegado—. Soy Jacques Weissen, actual propietario de Schwarzstein y muy honrado en ser su anfitrión por el tiempo que guste permanecer aquí.

—Celebro conocerle, señor Weissen —contestó el joven, aceptando la mano que se le ofrecía. Ha sido muy amable al acceder a mi petición para copiar fotográficamente el libro que, precisamente, tengo en las manos. Pero disculpe una impertinencia. He oído Jacques... y el apellido es alemán.

Weissen se echó a reír.

—Madre francesa, amigo mío. A mis padres no les importaron nunca las seculares diferencias entre los dos países. Pero siéntese, por favor; no me haga sentirme incómodo. ¿Una copita de un buen blanco del Rhin? ¿O, como inglés, prefiere whisky?

Spencer sonrió.

—Aceptaré lo que me sirva, señor Weissen. Perdone, ¿debo llamarle barón?

Weissen hizo un ademán de indiferencia.

—No concedo ninguna importancia al título, amigo mío. Llámame coma guste y si usa el nombre propio no me ofenderé tampoco. Usted se llama Egbert, tengo entendido.

—En efecto.

Spencer recibió la copa de vino, blanco, absolutamente transparente. tenía un aroma exquisito y el sabor, seco, era ligeramente afrutado.

—Un buen vino, sí señor —chasqueó la lengua.

—Tengo un buen amigo, cosechero, y me envía de cuando en cuando media docena de cajas de lo mejor de su bodega Weissen levantó su copa: *Prosit.*

—¡*Prosit!* repitió el joven.

Nos veremos a la hora de la cena, profesor. ¿Encuentra interesante el libro? Yo lo leí hace tiempo y me pareció aburridísimo. Una colección de historias y supersticiones sin sentido, si me permite expresar mi humilde opinión.

«Cuando clavaste la estaca a la baronesa, tu mujer, no opinabas lo mismo, pensó Spencer.

En cuestión de gustos, no hay nada escrito —contestó con una frase tópica.

Weissen se marchó. Spencer volvió a la lectura del libro, preguntándose qué interés podía tener su tío en aquellos temas. Era profesor de literatura medieval, pero nunca se había ocupado de vampirismo. ¿Por qué, ahora, deseaba escribir un libro sobre

vampiros?

El ejemplar que tenía en las manos era único. Al día siguiente. se propuso, empezarla a tirar fotografías de cada página.

Si se daba prisa, en un par de días podía terminar la tarea. pero no quería hacerlo así. Ursula le había pedido algo y estaba dispuesto a complacerla.

Le gustaba la muchacha. Pero, ¿procedía realmente de una estirpe de vampiros? ¿Había sido su madre un vampiro?

* * *

—Eso es una fábula, una leyenda sin fundamento —protestó Ursula indignadamente, a la media noche.

—Si lo que dice usted es cierto, ¿de dónde, en tal caso, surgió el rumor?

—De Weissen, claro. No podía ser otro. Conoció a mi madre y decidió hacerla su esposa. Profesor...

—Egbert, por favor —sonrió Spencer.

—Muy bien. Egbert. No está bien que yo lo diga, pero mi madre era una auténtica belleza. ¿Sabe que se casó a los catorce años y que yo nací cuando ella tenía quince?

—Un matrimonio temprano, no cabe duda, y poco frecuente en los países centroeuropeos — comentó el joven.

—Siempre hay excepciones. A los treinta y siete años, cuando yo tenía veintidós, mi madre parecía una hermana casi gemela mía. Entonces fue cuando conoció a Weissen.

—¿Y su padre de usted?

—Murió cuando yo tenía muy pocos años. Estaba en Budapest, en el cincuenta y seis. Era neutral, claro, pero las balas perdidas no entienden de neutralidades.

—Comprendo. Lo siento muchísimo, Ursula.

—Mamá ya no se quiso casar, a pesar de que recibió innumerables propuestas. Ni siquiera con Weissen.

—El dice que se casó con la baronesa...

—¡Miente! —contestó la joven, furiosa—. Tiene documentos, es cierto, pero son falsificados, lo mismo que el testamento.

—A usted le dijo algo sobre la muerte de su madre, supongo.

—Sí, claro, pero, ¿qué podía hacer yo? Intenté sondear a algunas de las personas del pueblo, pero todas me rechazaron, y no digamos nada de Gudrun Haschers.

—¿La nueva dueña de la taberna?

—Sí. Bueno, es de sus padres, pero ella lleva las riendas. Gerda Hauser se marchó de Höffenburgh con una hermana viuda, que vive en Colonia.

—Comprendo. Bien, cuénteme lo que le dijo Weissen acerca de lo

que se había visto obligado a hacer con su madre —pidió Spencer.

—Según él, mamá había matado a dos personas, cuyos cadáveres aparecieron desangrados, esto es verdad, y luego atacó también a Gudrun. Entonces fue cuando decidió matarla, según el rito de los vampiros. El padre Franz se opuso, pero no le sirvió de nada.

—Yo estaba aquí aquel día —murmuró el joven—. El pobre cura estuvo a punto de caerme encima del coche.

—Dicen que se suicidó, porque no pudo soportar la idea de que la campana sonase sin que nadie la tocara.

—¿Lo cree usted, Ursula?

—No. Presiento que alguien lo asesinó.

—¿Quién, por favor?

—No tengo la menor idea. Creo que el padre Franz sabía algo, aunque ignoro que pueda ser. Francamente, estorbaba a Weissen y lo hizo asesinar.

—Si eso es cierto, tenía que haber alguien en lo alto del campanario —dijo Spencer—. Y no se encontró el menor rastro de otra persona, ni se vio nadie escapar por la parte baja de la iglesia ni por la puerta que conduce directamente al campanario.

—Yo no sé qué pudo suceder exactamente, pero apostaría algo bueno a que el padre Franz murió asesinado.

—Bien, ya veremos qué se puede hacer en este caso. Ahora, supongamos que es cierto que Weissen falsificó una serie de documentos. ¿Cómo podríamos probarlo, Ursula?

—No tengo la menor idea, aunque me imagino que lo primero que se debería hacer es conseguir que fuesen examinados por unos expertos. Sin embargo, ignoro dónde los guarda él; hasta ahora, no contamos más que con su palabra.

—Es decir, Weissen afirma que se casó con la madre de usted y que ésta otorgó testamento en su favor, salvo unas pequeñas mandas para usted.

—Exacto. Sin embargo, no se opone a que yo viva aquí todo el tiempo que desee. Es más, casi insistió cuando vine a Höffenburgh después de lo ocurrido.

—Por lo visto, Weissen y su madre se casaron sin que usted asistiera a la ceremonia —dijo Spencer.

—Efectivamente, así sucedió. Yo estaba ausente, estudiando en Inglaterra. La noticia me sorprendió, como puede imaginarse. Mamá había afirmado muchísimas veces que no volvería a casarse y. según parece, tomó la decisión repentinamente.

—Si estudiaba en Inglaterra, vendría aquí en vacaciones, al menos.

—Desde luego. Mamá se casó con él hará unos tres años. Yo vine en las siguientes vacaciones y, como él me disgustó en el primer momento, me marché en seguida. Dije a mamá que ya no vendría

más por aquí, mientras siguiera casada con Weissen y me fui a casa de una hermana de mi padre, que reside en Munich. Luego, Cuando me enteré de lo que le había sucedido a mi madre...

De repente, Spencer hizo un gesto con la mano y la muchacha calló en el acto. Intrigada, vio a Spencer dirigirse de puntillas hacia la puerta del dormitorio y, después de escuchar unos instantes, abrirla de golpe.

El joven se asomó al corredor y lo vio desierto. Permaneció pensativo durante unos momentos y luego, tras cerrar, regresó junto a Ursula.

—Discúlpeme, creí que había alguien escuchando al otro lado de la puerta. Desde que descubrí el micrófono, los dedos se me hacen huéspedes, como suele decirse.

—No me habría extrañado nada —sonrió ella—. A mi también me parece estar constantemente vigilada. Es una sensación de la que no puedo desprenderme en ningún momento, por más esfuerzos que hago.

—Hay otra cosa que me gustaría saber. ¿Cómo llegó Weissen a la conclusión de que su madre era un vampiro?

—Ya está enterado que hubo dos muertos en el pueblo. Los cadáveres aparecieron completamente desangrados, con mordeduras en el cuello. Luego, siempre según Weissen, mamá atacó a Gudrun, pero esta joven consiguió salvarse. Entonces, decidieron matarla según el rito de los vampiros.

—¿Qué explicación le ha dado él sobre ese hecho?

—Dijo que así salvaría el alma de mi madre, condenada al haberse convertido en un vampiro. Sinceramente, no le creo en absoluto. Todo esto es una comedia ideada para quedarse con mis bienes.

—Pero Gudrun afirma que su madre la atacó; esto es algo que no puede negarse. Incluso yo mismo vi en su cuello las señales de los colmillos. Y, me parece, es una chica sensata y poco dada a fantasías.

—Estaba aquí como sirvienta y después de eso, se marchó y no quiso volver. Egbert, lo que le pasó a Gudrun es para mí algo incomprensible, pero sigo sin creer que mi madre fuese un vampiro.

Ella hizo una pausa. Su pecho, de esbeltos contornos, subía y bajaba con rapidez. Spencer apreció que tenía dos manchas rosadas en las mejillas, ordinariamente faltas de color. Aquellas manchas no se debían a la química, precisamente.

—Porque —añadió Ursula muy despacio—, en tal caso, yo también acabarla conviniéndome en un vampiro.

Spencer asintió preocupadamente. Había algo que no encajaba y era el micrófono oculto en el atril de lectura. Tendría que hablar nuevamente con Gudrun, se dijo, forzarla a que le diese el máximo de

detalles acerca del ataque de que había sido objeto por parte de la madre de Ursula.

—Está bien —dijo al cabo—. Yo haré lo que pueda, pero, por otra parte, también usted tiene un papel que jugar en este asunto.

—¿Qué papel, Egbert?

—Buscar los documentos que otorgan a Weissen la propiedad del castillo y las tierras que lo rodean. Con esos papeles en las manos, podríamos intentar una acción legal contra él, ¿comprende?

—Sí, desde luego.

—He traído una cámara especial para fotografías de libros y documentos. Mañana empezaré a utilizarla con el libro que le interesa a mi tío. Podría despachar el trabajo en un par de días, pero procuraré alargarlo todo lo que sea posible. Si encuentra esos documentos, los fotografiaré también y... ¿Tiene muestras de la escritura de su madre por alguna parte?

—Sí, desde luego.

—Bien, si consigue algo, no deje de decírmelo en cuanto le sea posible.

Spencer cogió una de las manos de la muchacha y la palmeó afectuosamente.

—Todo saldrá bien, no se preocupe —se despidió.

Cuando iba a meterse en la cama, Spencer no pudo evitar hacerse una pregunta a sí mismo. ¿Cómo se le había ocurrido a Weissen inventar la historia del vampirismo de Marpha von Gézanyi? Y si hubiese sido cierto, ¿cómo había llegado a saberlo?

¿Había sido preciso esperar a que la madre de Ursula atacase a Gudrun, para conocer su horrible condición?

Pasó un buen rato antes de que consiguiera dormirse, pero el sueño llegó al fin y consiguió librarse de sus preocupaciones.

CAPITULO VI

Por la mañana, trabajó unas cuantas horas. Después del almuerzo, salió a dar un paseo. El día imitaba a disfrutar de la paz del campo. Ya se veían las primeras hojas amarillas de los árboles. Casi sin darse cuenta, se encontró a la orilla del río. No era muy grande, pero componía un elemento esencial en la belleza del paisaje.

A los pocos momentos, se encontró con un hombre sentado en la orilla, con una caña en las manos. El individuo le miró y sonrió.

—¿Qué tal? —saludó.

—Hola —dijo Spencer—. Perdone, no quería molestarle...

—No se preocupe. Los peces de este riachuelo no son fáciles de asustar. Usted es el profesor que se aloja en Schwarzstein, creo.

—Si, en efecto. Me llamo Spencer.

—Willy Schull —se presentó el pescador—. ¿Le gusta pescar? Tengo más cañas y podría prestarle una.

—Gracias, no es mi afición favorita. Aunque ya me imagino la satisfacción del pescador cuando captura un buen pez. ¿Cómo se le ha dado la pesca hoy?

Schull torció el gesto.

—Mal. Y ayer también. No sé qué diablos tienen estos malditos peces... Aunque también es posible que hayan huido a causa del sucio bastardo que contamina las aguas. ¿Sabe lo que pesqué ayer, profesor?

Spencer reconoció de pronto al pescador visco a través del telescopio.

—No —contestó, a la vez que se acuclillaba a su lado—. Dígamelo por favor, señor Schull.

Jamás había visto una cosa semejante. Yo diría que era sanare muerta, podrida... Olía espantosamente y estaña casi cuajada... Lo menos había cuatro o cinco litros en aquella bolsa impermeable... El anzuelo la rasgó en parte, ¿sabe? Pero también es posible que fuese otra sustancia; yo no estoy seguro, profesor.

—¿Ha dicho sangre? —se extrañó el joven.

—Repito que no estoy seguro, aunque lo más probable es que alguien matase subrepticiamente algún cerdo enfermo y recogió la sangre en una bolsa impermeable, para tirarla luego al río. No me entretuve demasiado en contemplar aquella horrible bolsa y me deshice casi en el acto de ella.

—¿La arrojó de nuevo al río?

—Claro, ¿qué iba a hacer? ¿Dejarla fuera, para que apestase todavía más y se llenase esto de moscas y toda clase de bichos? A la larga, eso se disolverá en el agua...,y entonces volverán los peces, no le quepa la menor duda.

Schull calló durante unos momentos. Luego meneó la cabeza.

—Arrojar sangre al río... dijo al cabo—. Profesor, usted se aloja en el castillo, creo.

—En efecto, así es.

—Tenga cuidado con la hija de la vampiro. Ella puede serlo también.

—¿Se refiere a la señorita Ursula?

—Sí, exactamente. Es muy guapa, pero si le muerde y le deja sin sangre...

Spencer prefirió callar, para no dar una respuesta desabrida. Tampoco quiso dar a entender que no creía en aquellas historias.

—Lo tendré en cuenta —dijo—. Muchas gracias por su consejo, señor Schull.

—Busque algunos ajos, pase un cordón por ellos y hágase un collar. Dicen que es la mejor protección contra los vampiros.

—Yo creía que era el crucifijo —manifestó Spencer.

—Si no lo tiene a mano, el ajo es lo mejor.

—Desde luego. Gracias otra vez.

Spencer se incorporó y emprendió el regreso. Durante unos momentos, se sintió tentado de ir a la taberna para hablar con Gudrun. Pero prefirió dejarlo para otro momento. A la noche, por ejemplo, y no precisamente para pasar un rato de diversión.

De pronto, vio un pequeño grupo de gente que se dirigía hacia el castillo. Apretó el paso y consiguió llegar justamente detrás de la media docena de indignados sujetos, que pretendían hablar con Weissen.

—Ha sucedido algo horrible y queremos que él lo sepa en el acto.

—Está bien, señor alcalde; ahora mismo iré a avisarle —contestó Matilde.

Spencer estaba detrás del pequeño grupo y. por el momento. nadie parecía haberse dado cuenta de su presencia. Decidió esperar, a fin de conocer la noticia y las reacciones de Weissen.

* * *

El dueño de Schwarzstein apareció al cabo de pocos minutos.

—Mi querido Darrad, ¿a qué debo el placer de su visita? ¿Quieren pasar a mi gabinete particular y les serviré una ropa con mucho gusto? — saludó con extremada afectuosidad.

—Gracias, señor Weissen, pero no hemos venido a beber, sino a participarle algo muy poco agradable. Hemos encontrado muerto a un joven, el que decía ser prometido de la maestra que se fugó la

primavera pasada con el señor Tunning. Estaba en la casa en que ella vivía, muerto, completamente desangrado, y en su cuello había señales de dos colmillos.

—¿Qué me dice usted? —se asombró Weissen—. Matamos al vampiro, recuérdenlo.

—Si, pero quedó la hija.

Hubo un momento de silencio. Spencer sintió un escalofrío al conocer el significado de aquella frase.

—Ha dicho la hija, alcalde —habló Weissen al cabo de unos instantes.

—Si, señor. Ha tenido que ser ella y venimos a que haga con esa horrible bestia que tiene figura humana lo mismo que hizo con su madre.

Spencer no se pudo contener y dio unos pasos hacia adelante.

—No lo permitiré —exclamó súbitamente.

Todos los rostros de los presentes se volvieron hacia el joven.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Darrad.

—El profesor Spencer, inglés —dijo Weissen—. Mi huésped durante algún tiempo y, supongo, ignorante de lo que sucede en estos lugares.

—No, no lo ignoro todo —contestó Spencer con gran vehemencia—, ¿Dicen que la señorita Ursula es un vampiro? —preguntó.

—Claro —contestó Darrad—. Es hija de su madre y la matamos, clavándole una estaca en el pecho...

—Alcalde, los vampiros duermen durante el día, ¿verdad?

—Si, en efecto.

Spencer se volvió hacia el dueño del castillo.

—Barón, haga venir a la señorita Ursula —solicitó.

—Claro, ahora mismo —sonrió Weissen.

Se acercó a una pared y tiró de un cordón. Matilde apareció a los pocos instantes.

—¿Señor?

—Matilde, haga el favor de decirle a la señorita Ursula que hay unas cuantas personas que desean hablar con ella.

—Bien, señor.

El ama de llaves se marchó. Weissen encendió un cigarrillo con aire displicente. Los visitantes cuchicheaban entre sí.

Transcurrieron unos tensos minutos. Matilde apareció de pronto, moviéndose sin prisas, con paso mesurado, como si nada de lo que pasaba le importase en absoluto.

—Lo siento mucho, señor —dijo con voz inexpresiva—. La señorita Ursula está dormida. He intentado despenarla, pero no he conseguido el menor resultado. Sigue durmiendo...

Spencer oyó aquello y creyó que soñaba.

¿Era Ursula realmente un vampiro?
—¡Vamos a verlo! —gritó Darrad de pronto.
El joven echó a correr. Vagamente, vio a un aldeano con un palo en la mano. Creyó entrever la punta de aquella estaca y se imaginó fácilmente lo que iban a hacer con la muchacha.
Más ágil y joven que todos ellos, alcanzó el dormitorio en primer lugar. Ursula yacía en su lecho, con las manos cruzadas sobre el pecho y la respiración tranquila y sosegada.
El rumor de las voces se acercó. Spencer vio una chimenea al otro lado y. saltando como una fiera, se apoderó de un atizador. Con él en la mano regresó junto al lecho.
Weissen y los demás llegaron a la puerta. Spencer se puso delante de la cama.
—Ella no es un vampiro y mataré al primero que intente tocarla —exclamó resueltamente.
Weissen le dirigió una mirada de simpatía.
—Es usted un joven valeroso, profesor —elogió—. Me agrada mucho su actitud, créame.
—Gracias —contestó el joven secamente—. Alcalde, ¿cuándo han encontrado muerto a Ferdy Ruden?
—¿Cómo sabe usted su nombre? —se asombró Darrad.
—Estaba en la taberna cuando llegó, hace dos días, y le oí preguntar por la maestra. Si el muerto es su prometido, como dicen, entonces no puede ser otro que Ruden.
—Si, ese nombre es el que figura en la documentación. Pero está muerto, sin una gota de sangre en el cuerpo...
—Aún no han contestado a mi pregunta. ¿Cuándo encontraron el cadáver?
—Esta mañana —respondió Darrad—. Gudrun nos avisó de que podía pasarle algo. El señor Ruden dijo que iría a almorzar a su casa y, en vista de la tardanza, nos hizo ir a averiguar lo que había pasado.
—Comprendo. Ahora bien, ¿cómo puede asegurar usted que el cadáver de Ruden está totalmente desangrado?
Un hombre se adelantó un par de pasos.
—No tenemos médico aquí, pero yo he matado y desan- grado infinidad de cerdos, corderos y otros animales. A fin de cuentas, una persona no es más que otro animal, al menos en el aspecto físico. Sé muy bien cuando un cuerpo, no importa si de persona o de bestia, está sin una gota de sangre en las venas.
Spencer miró de soslayo al sujeto.
—Entonces, sabrá calcular la hora de la muerte de ese pobre muchacho —dijo.
—No estoy seguro, pero yo diría que murió durante la noche. Las

pocas gotas de sangre que hay en el suelo y en su cuerpo están ya completamente secas. El cuerpo está frío, rígido...

—Podrían nombrarle forense honorario —dijo Spencer cáusticamente—. Bien, en todo caso, ella no lo ha matado —añadió.

—¿Puede demostrarlo? —exigió el alcalde, más que desearlo.

El joven vaciló un instante. Le repugnaba hacerlo, pero creía sinceramente que no tenía otra salida. Tendría que decir que había pasado la noche junto a Ursula, lo cual, en parte, era verdad, Pero más valía que tomasen a Ursula por una joven sin inhibiciones, que acabasen con ella clavándole una estaca en el pecho.

De pronto, se oyó una exclamación de asombro.

—¡Eh, miren! ¡Ella está despertándose! —dijo Weissen.

Spencer se volvió. Weissen estaba junto al lecho, dando ligeras palmaditas en las mejillas de la joven. Ursula había abierto ya los ojos y miraba a todas partes sin darse demasiada cuenta de lo que sucedía.

—Amigos —dijo Weissen, incorporándose—, creo que ha habido un error. No soy médico, como tampoco el buen Fritz Pfoslar, pero ya creo conocer la causa del sueño de la señorita Ursula. No estaba dormida, sino desmayada.

—¿Desmayada? —se asombró Darrad.

—Sí, y posiblemente, de hambre, por no haber comido. No bajó a almorzar y eso, seguramente, le causó una cierta debilidad, que desembocó en lo que vulgarmente se llama un desmayo y los médicos denominan lipotimia. En resumen, una baja muy fuerte de la presión sanguínea, eso es todo.

Weissen avanzó hacia los visitantes con los brazos extendidos.

—Vamos, amigos, vuelvan a sus casas y abandonen esas locas ideas. La señorita Ursula no es ningún vampiro, créanme.

Ella se sentó en el lecho y contempló asombrada el grupo de gente que estaba en la puerta.

—¿Qué sucede aquí? —exclamó.

—Luego se lo explicaré, querida —sonrió Weissen—. Vamos, váyanse todos...

De pronto, Spencer alargó una mano y se apoderó de la estaca de madera, arrebatándosela a su dueño, a quien lanzó una furiosa mirada.

—No se le ocurra volver por aquí con una cosa semejante o se la haré comer entera, ¿me ha oído?

El sujeto se marchó más que a la carrera. Darrad fue el único en salir.

—De todas formas, vigílenla —dijo hoscamente.

—Señor Weissen —intervino Spencer—, será mejor que llame a Matilde, para que atienda a la señorita Ursula. Si ese desmayo ha

sido causado por la falta de alimento, háganle comer algo. Para la baja repentina de la presión, no hay remedio mejor.
Weissen sonrió afectuosamente.
—Descuide, profesor, así se hará —prometió.

CAPITULO VII

Esperó a que todo el mundo durmiese para salir del castillo. Durante el resto del día no había cambiado una sola palabra con Ursula, salvo una conversación intrascendente durante la cena. Luego, ella se había retirado a su habitación y él había ido un rato a la biblioteca, en donde se entretuvo leyendo un libro.

Sabía que Ursula estarla aguardándole, pero prefirió verla más tarde. Ahora tenía que hablar con alguien de quien esperaba obtener más detalles sobre la muerte de Ferdy Ruden

El vestíbulo estaba en penumbra y pudo abrir la puerta sin hacer el menor ruido. Luego se puso al paso gimnástico y, en poco menos de diez minutos, estaba ya en el pueblo.

En la puerta de la taberna, se detuvo unos momentos, a fin de normalizar la respiración. No se veía a nadie por la calle y el silencio era absoluto.

La puerta estaba cerrada con llave. Spencer se dijo que no podía llamar golpeándola. Retrocedió unos pasos, buscó algo de tierra y lanzó un puñado hacia arriba.

Los cristales de una ventana crepitaron suavemente. Spencer tuvo que repetir la operación, hasta conseguir ver una forma blanca en el antepecho de la ventana.

—Abre, Gudrun, soy Egbert —siseó el joven.

Ella lanzó una exclamación de asombro. Luego se retiró de la ventana. A los pocos momentos, abría la puerta de la calle.

—Estoy asombraba —confesó—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir a verme a estas horas?

—¿Te molesta? —sonrió el joven.

—Hombre, no, pero... Bueno, si deseas algo...

—Hablar contigo, de momento —contestó él.

Spencer avanzó hacia el mostrador y se sirvió una copa de aguardiente de ciruelas. Luego se volvió hacia la joven.

—Gudrun, ¿qué ha pasado con Ruden?

—Lo ha matado el vampiro, Egbert. La hija de la baronesa, naturalmente.

—Ah, tú también crees en la historia...

—Ella me mordió, recuérdalo.

—Tú trabajabas entonces en el castillo, como sirvienta.

—Si, y una buena noche, me hizo ir a su dormitorio, con el pretexto de que le llevase una tisana calmante... Se arrojó sobre mí, me clavó los colmillos en la garganta...

—¿Piensas que la hija es también un vampiro, Gudrun?

—Estas cosas se heredan, ¿no?

—O se contagian.

Gudrun frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Según la leyenda, el que es mordido por un vampiro, se convierte también en un vampiro.

—No es mi caso. El señor Weissen me dio la fórmula para curarme. Ya te lo dije, ¿no?

—Conocí a un amigo que estuvo en el trópico una temporada y volvió tan sano como una manzana. Ya no regresó más a aquellas tierras cálidas, pero nada menos que quince años después, se le declaró una enfermedad tropical, que lo llevó a la tumba en menos de una semana.

Gudrun se puso pálida.

—¿Quieres decir qué...?

—Puede ser que te hayas curado y puede ser también que la enfermedad esté latente en tu organismo durante muchos años. Un buen día, te despertarás por la noche, con ansias de sorberle la sangre a alguien... Pero no es seguro, claro; Weissen entiende de eso y su fórmula debe de ser muy buena.

—Hablaré con él en cuanto pueda dijo la joven, muy aprensiva.

—Muy bien, y ahora, si te parece, sigamos con lo nuestro. ¿Es cierto que Ferdy iba a venir a almorzar aquí?

—Por supuesto. Cuando vi que no aparecía, me alarmé...

—Zarah Kopff tenía una casa y a él lo encontraron en ella.

—Sí, en el salón, frente a la chimenea.

—La casa, ¿era de Zarah o la tenía alquilada?

—Pertenece al alcalde, pero como Zarah había pagado un año, no puede alquilarla de nuevo. En eso, Darrad *té* muy estricto.

—Y la maestra desapareció...

—Sí, y ya nunca se ha vuelto a saber más de ella ni de su amante.

Spencer sonrió y se sirvió otra copa.

—Gudrun, me gustarla quedarme, pero no puedo. Volveré otra noche —prometió.

—Cuando quieras —respondió ella. Pero a Spencer le pareció que la respuesta era sólo formularia, sin el menor deseo de que se hiciera realidad.

Gudrun le abrió la puerta y el joven emprendió el camino de regreso a Schwarzstein. La noche era muy oscura y tenía que caminar con cuidado para evitar algún tropezón inoportuno. De pronto, cuando estaba a unos doscientos metros del castillo, oyó un ligero chasquido.

Había alguien en las inmediaciones. Sin perder un segundo, detuvo su marcha y buscó refugio en el grueso tronco de un árbol situado al borde del camino.

Había alguien en aquellos parajes y decidió averiguar lo que hada el sujeto.

* * *

Spencer tenía ya los ojos habituados a la oscuridad y pudo ver sin demasiada dificultad los movimientos del desconocido. Pese a ello, le resultaba imposible captar todos los detalles, aunque pudo ver que el hombre estaba junto a un arbolito, de horquilla muy baja, en la que había apoyado algo que parecía un bastón.

A los pocos momentos, se dio cuenta de lo que era el bastón en realidad y sintió que se quedaba sin respiración. Estuvo a punto de hacerse visible pero el sentido de la prudencia le hizo quedarse donde estaba, completamente inmóvil, conteniendo la respiración incluso.

El bastón era, en realidad, un fusil de largo alcance, con mira telescópica. En la boca del cañón se veía un cubo grueso, de unos doce o quince centímetros de longitud. Sin duda era un silenciador.

El arma debía de disponer también de municiones especiales. Miró hacia el castillo y vio un par de ventanas iluminadas.

La distancia era grande para captar demasiados detalles a ojo desnudo, pero le pareció ver una silueta que se movía en una de las ventanas. ¿Y si era Ursula?, se preguntó, repentinamente lleno de pánico.

Se disponía a hacer algo, con riesgo de su vida, cuando, de pronto, el fusil emitió un ligero chasquido. Spencer vio una pequeña llamarada. Luego miró hacia la ventana y vio que la silueta había desaparecido.

En el mismo instante, una sombra surgió de las tinieblas y se precipitó sobre el hombre del fusil. Spencer oyó un ahogado grito de sorpresa.

Los dos individuos forcejearon con ferocidad. Spencer captó un ruido siniestro, un horrendo gorgoteo que le puso los pelos de punta. ¿Quién estaba siendo ahorcado?

Una cosa era segura: si le descubrían, fuese quien fuese el vencedor de aquel despiadado combate, le mataría sin compasión. Por tanto, permaneció en el mismo sitio, hasta que uno de los dos hombres se quedó quieto.

El otro se irguió y respiró afanosamente durante unos momentos. Luego se inclinó, cargó con el cuerpo del otro y con una bolsa que éste tenía en el suelo, y se alejó con paso rápido.

Spencer se fijó en la silueta del vencedor. Hubiera jurado que era Harro, el criado, pero no podía asegurarlo. Si era él, desde luego se

llevaba el cadáver para esconderlo en alguna parte donde no pudiera ser visto.

Al cabo de un buen rato, se dispuso a reanudar la marcha. ¿Había resultado herido alguien en el castillo?

Entonces, vio una cosa que chispeaba en el lugar donde se había producido la lucha. Curioso, se acercó y alargó la mano. Era una billetera, con el anagrama de su dueño en letras de plata.

Uno de los dos había perdido la billetera. Pronto sabría quién era su dueño.

* * *

Entró cautelosamente en el gran caserón y escuchó durante unos momentos. El disparo no había causado víctimas; de lo contrario, habría un jaleo enorme y. sin embargo, parecía reinar una tranquilidad absoluta. Pisando de puntillas, se encaminó al primer piso.

Cuando estaba a mitad de la escalera, creyó oír un ruidito crepitante, como de un chisporroteo eléctrico que se produjese a gran distancia. Sin embargo, las luces permanecían encendidas con intensidad normal y no se observaba en ellas la menor oscilación.

Momentos después, entraba en el dormitorio de Ursula. No se molestó en llamar siquiera, para no despertar a los otros habitantes del castillo. Cerró la puerta cuidadosamente y luego encendió su mechero.

A la derecha había una mesita con una lámpara. Accionó el interruptor y una suave luz se expandió por la estancia. Ursula dormía apaciblemente, con un brazo desnudo fuera del embozo y la cabellera extendida sobre la almohada. Seguía teniendo el rostro tan blanco como de costumbre y Spencer empezó a sospechar de alguna enfermedad desconocida incluso para la muchacha.

Lentamente, se acercó a la cama y tocó el brazo de Ursula. Luego puso dos dedos sobre sus labios.

Ella abrió los ojos.

—No haga ruido —dijo Spencer en voz baja.

Ursula comprendió en el acto. Spencer se apartó un poco y la muchacha se sentó en la cama, cubriéndose el pecho con el embozo de las sábanas.

—Ya no le esperaba —dijo Ursula.

—Lo siento. Tuve que salir y no quería que me viesen. Prefería hacerlo antes de venir a verla.

—¿Ocurre algo?

—Las cosas están más complicadas de lo que parece. Francamente, pienso que la historia de los vampiros es un pretexto para encubrir ciertas actividades que no tienen nada de honestas. Aunque, desde luego, no puedo imaginarme de qué se trata.

—¿Por qué dice eso, Egbert?

—He estado hablando, con Gudrun. Personalmente, creo que, ya por conveniencia, ya por temor, es cómplice de Weissen. Para ser claros, sospecho de ella.

—Esas sospechas tendrán algún fundamento, supongo.

Spencer asintió.

—Verá —continuó—. En la primera ocasión, ahora, a mi vuelta, claro, me dijo que la baronesa le había atacado la noche que tuvo que quedarse, cuando traía unas provisiones, a causa de una gran tormenta. Después dijo que estaba como sirvienta aquí, en Schwarzstein. Usted también lo dijo, creo.

—Es lo que yo tenía entendido —respondió Ursula.

—Muy bien. Otra cosa: la noche en que mataron a su madre, ella enseñó las mordeduras de los colmillos del supuesto vampiro. Todavía tenía las costras de sangre seca, eran como dos picaduras muy grandes, de forma triangular, del tamaño de una uña del meñique, pero algo más largas.

—¿Y...?

—Pues que ahora no tiene la menor señal de esa mordedura. Deberían de notarse las cicatrices, aunque fuesen muy débiles. Pero el cuello está absolutamente liso, Ursula.

La muchacha sonrió maliciosamente.

—Habrá tenido ocasión de comprobarlo, supongo.

Spencer hizo un gesto ambiguo.

—Bueno, yo... —Carraspeó un poco—. Es mejor no entrar en detalles, Ursula. De todas formas, si tiene algo que ver con este asunto, ahora le he dado algo en qué pensar. Un poco de aprensión puede ayudarnos mucho.

—¿Qué le ha dicho?

—La persona atacada por un vampiro, se convierte también en un vampiro, según las leyendas. Gudrun dice que Weissen le dio la fórmula para curarse, pero yo le dije que. al igual que algunas enfermedades, que pueden permanecer latentes en el organismo, durante años, sin que suceda nada, luego de repente, los gérmenes dormidos despiertan y surge la enfermedad y el paciente muere en muy poco tiempo. Lo mismo le dije del vampirismo. Créame, cuando una persona tiene miedo, está más expuesta que otra a cometer errores. Eso es lo que yo quiero que haga Gudrun y usted me ayudará, vigilándola en lo que sea posible.

—¿Desde aquí?

—Tarde o temprano, ella se pondrá en contacto con Weissen. Entonces, actuaré yo y procuraré conocer el enigma que hay en este asunto.

—Muy bien, haré lo que pueda. ¿Hay algo más?

—Sí. ¿Ha buscado los documentos que le indiqué?

—Lo he intentado, pero no he conseguido nada hasta ahora. Egbert —respondió la muchacha.

Spencer se pellizcó el labio inferior, con gesto pensativo.

—Hay algo que no acabo de creerme —murmuró.

—¿De qué se trata? — preguntó ella.

—Usted estaba dormida cuando llegaron el alcalde y los otros. Para mí. fue una escena muy bien preparada, aunque Weissen no quiso que la cosa pasara a mayores. Pero, durante unos momentos, todos creyeron que era usted un vampiro auténtico.

—No sé lo que me ocurrió. Desayuné, y, a los pocos momentos, me sentí invadida por un sueño invencible... Volví a echarme en la cama y ya no desperté hasta mucho más tarde, cuando ya tenía la habitación llena de gente.

—La narcotizaron, no cabe duda, y con mucha habilidad, para que despertase más o menos cuando la gente del pueblo viniese al castillo, después de conocer la muerte de Ferdy Ruden. Una escenografía muy bien preparada y, en mi opinión. el principio de una operación destinada a convencer a la gente de que usted también es un vampiro; es decir, no lo es todavía, pero la enfermedad se va apoderando de usted, hasta que le domine por completo.

—Y entonces, se deshará de mi... como se deshizo de mi madre —exclamó ella aterrada.

—Yo diría que ésos son sus proyectos —convino Spencer



tranquilamente.

CAPITULO VIII

Durante unos segundos, reinó el silencio en la estancia. Ursula tenía los ojos muy abiertos, como si se sintiese incapaz de admitir la situación. Spencer, al darse cuenta de ello, procuró tranquilizarla.

—Lo impediré —dijo—. Ahora, trate de dormir y no se preocupe de mi. En todo caso, yo soy el que debe preocuparse, porque esta noche, sospecho, se ha cometido otro asesinato.

—¿Qué? —se asombró Ursula—. ¿Un nuevo crimen?

Spencer metió la mano en el bolsillo y sacó la billetera que había encontrado en las inmediaciones de la casa. Las iniciales eran H.P. y el nombre, según la documentación del interior, era Hans Pfasslink, agente comercial.

—Pero un viajante de comercio no va por el mundo con un fusil con silenciador y mira telescópica —dijo.

—¿Eso tenía el hombre? —preguntó Ursula, estupefacta.

—Le vi disparar contra una ventana iluminada, en la que se divisaba una silueta. Después del disparo, la silueta desapareció, pero creo que fue una trampa para entretener a Pfasslink y que no se diera cuenta de que alguien se acercaba para atacarle. Sospecho que era la ventana del dormitorio de Weissen, pero si éste hubiera resultado solamente herido, ya nos habríamos enterado de sobras.

—Entonces, había alguien que quería asesinar a Weissen.

—Sí, pero, aunque no sé cómo, éste se enteró... Quizá Pfasslink llegó al pueblo, se detuvo en la taberna, habló o charló un poco, y Gudrun avisó a Weissen de la llegada de un forastero. Weissen, me imagino, debía de esperarle... En fin, sea como sea, el pobre Pfasslink está muerto, aunque la verdad es que tampoco él vino aquí para repartir limosna a los pobres.

—No los hay en Höffenburgh sonrió Ursula.

—Un pueblo feliz — dijo él.

—Lo serla, sin el demonio que es Weissen.

—Si, estoy de acuerdo con usted —Spencer palmeó una mano de la joven—. Sea animosa y no se deje llevar por el pesimismo.

—Egbert, aunque viva mil años, nunca podré agradecerle bastante lo que ha hecho por mi.

—Bah, no tiene la menor importancia. Ahora, repito, trate de dormir. Yo también voy a intentarlo. Buenas noches, Ursula.

Spencer salió del dormitorio con grandes precauciones y se encaminó al suyo, situado muy cerca del arranque de la escalera. Desde allí, volvió a escuchar aquel extraño sonido que había oído antes y que parecía el chisporroteo de un cable eléctrico sin aislante y cerca de un punto metálico. Pero era muy débil y dejó de preocuparse

en pocos instantes.
Volvió a su habitación y examinó a fondo la billetera de Pfasslink. Era la de un hombre vulgar y corriente, y no había en ella nada que pudiera salirse de lo normal: unos cientos de marcos, algunas tarjetas de visita y la fotografía de una mujer joven, con un niño en brazos. También figuraba la dirección, en Bonn, así como la de la casa comercial para la cual trabajaba, pero, sin saber por qué, presintió que todo aquello era falso.
—Quizá ni se llamaba Pfasslink —murmuró.
Luego se desvistió y fue al baño. Cuando se secaba las manos, oyó un extraño sonido.
Era una extraña melopea, de música muy primaria, cuya letra estaba compuesta por palabras ininteligibles. La persona que cantaba parecía hallarse a gran distancia, pero Spencer presintió que estaba mucho más cerca de lo que podía imaginarse.
Pegó la oreja a la pared del baño. Los sonidos le llegaron con mayor claridad. Entonces supo que, quienquiera que fuese el que cantaba, estaba al otro lado del tabique.
Acometido por un repentino impulso, agarró con dos manos el espejo que había encima del lavabo. Vio que podía separarlo sin dificultad, pero entonces se percató de que tenía la luz encendida. Bajo el espejo había un agujero y el resplandor podía pasar al otro lado.
Inmediatamente, apagó la luz. Luego descolgó el espejo y aplicó el ojo al redondo orificio que había en la pared. Entonces, presenció una escena asombrosa.

* * *

Weissen estaba en su habitación, situado en el centro de un gran paño de color verde oscuro, en el que se veían un círculo dorado, en cuyo interior había una estrella de siete puntas, junto con algunos extraños signos cabalísticos. En uno de los lados de la estancia se divisaba un braserillo de metal dorado, sobre un trípode de hierro, en el que ardían unas brasas sobre las cuales se quemaba una sustancia que despedía un humo azulado, junto con un intenso perfume de reminiscencias orientales.
«Incienso, sándalo y alguna otra cosa más», pensó.
Weissen tenía los ojos entrecerrados y los brazos extendidos, mientras entonaba aquella extraña melopea. Spencer se preguntó si estaría haciendo un conjuro.

La puerta se abrió repentinamente y un hombre entró en la estancia. Weissen bajó los brazos y miró coléricamente al recién llegado.

—¿Por qué has venido? preguntó ¿No te dije que no debía ser molestado hasta mañana por la mañana?

Harro no se inmutó por la reprimenda.

—No le molestaré mucho tiempo. Jakob —dijo.

—Jacques, estúpido. Llámame Jacques siempre, pero sólo cuando no haya nadie más que los dos. En otros momentos, señor barón, ¿está claro?

—Mire. Jakob o Jacques, a mí sus pretensiones me importan un rábano —respondió el criado cínicamente—. Lo que interesaba era acabar con Pfasslink y ya lo hemos conseguido.

—Disparó contra mi, Harro.

—¿Alcanzó el maniquí?

Weissen se estremeció.

En la cabeza repuso.

Ya no disparará más contra nadie —dijo Harro fría mente.

—Bueno, pero, ¿qué has hecho con él?

—Lo he dejado abandonado, para que lo vean todos, en la forma acostumbrada. No se preocupe, esta vez no habrá más errores... y en todo caso, lo cometió usted, cuando se encargó personalmente de Ferdy Ruden —contestó Weissen—. ¿Dónde está. Harro?

El criado sonrió malévolamente.

—¿No se lo imagina? Darrad tendrá un buen despertar por la mañana, cuando abra la puerta y se encuentre el fiambre.

—Muy bien. Harro. Ya hemos terminado. Y ahora, lárgate...

—¿Aún sigue con esas tonterías?

Weissen se irguió majestuosamente.

—¡No son tonterías! Tengo que hacerlo periódicamente, si quiero conservarme siempre como soy en la actualidad. ¿Es que no te das cuenta de que si dejara de realizar la operación una sola vez, y precisamente cuando está a punto de llegar la fase de plenilunio, me convertirla en un viejo arrugado, que moriría en pocos minutos?

Harro soltó una risita burlona.

—Bueno, eso es cuenta suya dijo . Yo no lo creo así, pero si a usted le gusta, adelante. Ah, y no se olvide mañana de informar, ¿estamos?

—Déjalo de mi cuenta —contestó Weissen de mal talante.

—Muy bien. Buenas noches.

Harro se dirigió hacia la puerta.

—Por cierto —dijo antes de salir—, ¿cuándo nació usted.

—En mil seiscientos ochenta —repuso Weissen con no disimulado orgullo.

—Se conserva bien —sonrió el criado—. ¿Acaso es debido a la sangre humana?

—¡Sangre humana, qué asco! —bufó Weissen—. No: mi procedimiento es muy otro... y la luna llena tiene un papel primordial... Pero no tengo que darte explicaciones. ¡Vete de una vez!

—Si, señor barón.

Spencer no quiso seguir escuchando más. En aquel diálogo había una buena parte de fantasía y superstición, pero también gran parte de hechos reales, que no tenían nada de agradables.

El cadáver de Pfasslink había quedado ante la puerta de la casa del alcalde. Weissen esperaba que Darrad lo descubriese. Encontrarían un cuerpo humano desangrado, con huellas de mordeduras de un vampiro. La tensión volvería a subir. De nuevo se producirían movimientos de hostilidad hacia Ursula.

Debía evitarlo a cualquier precio. Pero, ¿cómo hacerlo?

Estuvo unos momentos indeciso. Luego consultó su reloj de pulsera.

Eran las dos de la madrugada. Todavía faltaban cuatro horas para el amanecer. Tenía tiempo de sobra.

El espejo quedó en su sitio nuevamente. Luego, con gran sigilo, abandonó el castillo.

Regresó casi dos horas más tarde, rendido de fatiga. Una vez más, al subir la escalera, volvió a escuchar aquel extraño ruidito. Pero el cansancio le venda y, sin más, se metió en la cama y, a los pocos momentos, dormía como un tronco.

* * *

Aunque se levantó tarde por la mañana, en cuanto desayunó, se aplicó al trabajo y empezó a lomar fotografías del libro que tanto interesaba a su tío. Cerca del mediodía, vio a Gudrun que subía por la pendiente que conducía al castillo.

Ursula entró en aquel momento.

—Viene la chica —anunció.

—Ya la he visto —contestó él—. ¿Podrías enterarte de los motivos de su visita?

—Lo intentaré.

Spencer soltó una risita.

—Weissen está aguardando un acontecimiento, pero no se producirá —dijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—El cadáver de Pfasslink debía aparecer en la puerta de la casa de

Darrad, supuestamente desangrado por un vampiro. No será así, porque yo lo he escondido.
—¿Es cierto eso? —preguntó ella, atónita.
—Luego te daré más detalles. Ahora, por favor, procura enterarte de lo que dice Gudrun. Estoy seguro de que no ha pegado ojo en toda la noche.
—Muy bien, haré lo que pueda.
Ursula se marchó. Spencer tiró un par de placas más y luego suspendió la tarca.
Dentro de la casa remaba un silencio total. Pisando de puntillas. Spencer se acercó a la puerta y abrió una rendija.
Matilde y Harro conversaban animadamente en un rincón, pero sus voces eran un cuchicheo y Spencer no pudo captar una sola palabra. De Weissen no había el menor rastro.
Al cabo de unos momentos, Matilde dijo algo y el criado asintió. Harro se encaminó inmediatamente hacia el piso superior.
Spencer podía ver la escalera sólo parcialmente. Divisaba el arranque y el final, pero la parte central, debido a la curvatura, que se hallaba en sentido opuesto a su posición, le resultaba invisible.
Esperó durante unos momentos. Harro no llegó al piso superior.
Transcurrieron unos minutos. Spencer se sintió muy intrigado. Harro no acababa de subir la escalera.
Se preguntó por la causa de aquel enigma, pero no tuvo tiempo de seguir pensando en ello, porque vio a Gudrun que salía con Weissen del gran salón.
—No te preocupes —dijo el hombre—. No te pasará nada, créeme.
—Pero, señor Weissen...
Los ojos del sujeto brillaron intensamente, a la vez que se erguía con aire lleno de orgullo.
—Tengo motivos para asegurártelo —dijo—. Poseo una experiencia como no puedes imaginarte siquiera, la experiencia de cientos de años, acumulada en mi cerebro. Vete tranquila. Gudrun. insisto.
—Está bien, si usted lo dice...
Weissen sonrió.
—Gudrun, ¿te gustarla un día vivir aquí como dueña de esta casa y de las tierras que la rodean?
—¿Habla en serio? —preguntó la joven ansiosamente.
—Ten un poco de paciencia y verás si miento o te digo la verdad. Pero ahora, vete, vete.
—Si, señor.
Ella se echó a andar, pero Weissen la alcanzó por un brazo y la retuvo unos instantes.
—Eres realmente hermosa —dijo—. Me gustaría que fueses así

durante toda la vida.

—Oh, señor, algún día me haré vieja...

—¿Quién sabe? —Una extraña sonrisa se formó en los labios de Weissen—. Ahora, vete, por favor. Volveré a llamarte muy pronto.

—Si, señor.

La puerta principal se cerró. Weissen permaneció unos momentos todavía en el mismo sitio. Luego dio media vuelta y se encontró bruscamente con el ama de llaves.

—Le gusta la chica, ¿eh? —dijo la mujer burlonamente.

—Matilde, éste no es asunto suyo —contestó Weissen airadamente.

—Déjeme que le diga una cosa, señor barón. Sus... expansiones no nos importan en absoluto, mientras no interfieran lo que debemos hacer. Tiene que pensar en esto lo primero, antes que nada. No lo olvide y podrá seguir viviendo.

Weissen miró despectivamente al ama de llaves.

—Estúpida mujer —la apostrofó—. ¿Crees que os necesito para seguir viviendo muchos años más? Cuando tú y ese bestia de Harro os hayáis convertido en polvo, yo seguiré vivo todavía, con esta misma apariencia, con el mismo cuerpo y la misma figura que tengo desde principios del siglo XVIII. ¿Me has entendido?

Matilde no pareció sentirse muy impresionada por aquellas frases altisonantes.

—Lo único que queremos es que cumpla su parte del trato, eso es todo.

Matilde se marchó. Spencer se preguntó qué trato podía existir entre Weissen y los dos sirvientes.

Ya lo averiguaría, se propuso.

CAPITULO IX

Weissen se sentía nervioso, lo mismo que Harro. Spencer los vio ir y venir un poco alocadamente, como si se sintieran desconcertados por algo que no acababan de entender.

En Höffenburgh reinaba una normalidad completa. No se advertía el menor signo de alteración en sus habitantes. A media tarde, Spencer consiguió reunirse con la muchacha.

—Están locos —dijo.

—A causa de la desaparición del cuerpo de Pfasslink —adivinó ella.

—Sí, justamente.

—¿Dónde pusiste el cadáver?

—¿Dónde iba a ser? En el cementerio, naturalmente. Hay un panteón con cripta y lo llevé allí. La verja no está cerrada con llave; sólo un simple pestillo. Cuando llegue el momento, ya lo diré. Ursula, ¿qué pudiste escuchar de la conversación entre Weissen y Gudrun?

—Muy poco. Ella, desde luego, parecía preocupada. Weissen la tranquilizó.

—Eso de las mordeduras del vampiro tuvo que ser un truco, que incluso engañó a la propia Gudrun. Naturalmente. si quería su colaboración el día en que mataron a tu madre, tenía que actuar con plena sinceridad, como si realmente hubiese sido mordida por el vampiro. Pero fue truco, créeme.

—A pesar de todo, ella insiste en que mi madre la mordió —dijo Ursula.

—¿Sabemos acaso si tu madre no actuó bajo la influencia de alguna sustancia hipnótica?

—¿Tú crees?

—Es muy posible, aunque ella ya no podrá aclararlo. Pero, en cambio, hay otras cosas que me preocupan.

—Dime, Egbert, por favor —rogó la muchacha.

—Weissen, Matilde y Harro forman un trio, una banda, cuyo objeto no acabo de comprender del todo. Sin embargo, está claro que, para sus fines, necesitan hacer la comedia de los vampiros.

—Si, pero, ¿cuáles son esos fines?

Spencer movió la cabeza.

—No tengo la menor idea, pero puedo asegurarte que en ellos se incluye el asesinato del que se oponga a sus proyectos. El caso Pfasslink es la más clara prueba de lo que digo.

—Weissen, naturalmente, es el jefe de la banda.

—No estoy tan seguro. En privado, Harro y Matilde se comportan con él muy arrogantemente, tratándole casi como un subordinado. Sin embargo, Weissen se muestra altivo, orgulloso... y enormemente satisfecho de vivir una existencia que dura ya más de trescientos

años.

Ursula se sintió estupefacta al oír aquellas palabras. —exclamó—. ¿Cómo puedes decir una cosa semejante?

—No lo digo yo, lo dice él. Cuando se lo comunicó a Harro, éste se burló desconsideradamente. Una cosa es cierta: necesita realizar un conjuro periódicamente para... «mantenerse en forma», es decir, para continuar con su mismo aspecto, el que tiene ahora, el de un hombre de unos cuarenta años, con un físico aceptable y una salud excelente.

—No puedo creerlo. Todo eso es una fábula...

—Ursula, yo le he visto hacer el conjuro.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, Spencer contó a la muchacha lo que había visto durante la noche desde su cuarto de baño. Cuando terminó, Ursula se sentía tremendamente desconcertada.

—Un hombre que nació en el siglo XVII... Entonces, tiene que ser un mago...

—Para mí, pura fábula, claro.

Spencer tenía al lado el libro que estaba fotografiando y lo tocó con una mano.

—Según eso, tuvo que ser contemporáneo de Jacobus Albinus añadió.

De pronto, se puso rígido. Su rostro se crispó, incluso. Ursula vio el cambio de expresión y se alarmó.

—Egbert, ¿qué te sucede? —exclamó.

Spencer se acercó al libro y buscó la primera página.

—Escrito por Jacobus Albinus en 1717 —murmuró—. Mi tío tiene otro libro sobre el mismo tema, pero escrito hace solamente once años. Cuando vi la coincidencia de nombres, pensé que el autor del libro publicado actualmente sería descendiente directo del que escribió otro a principios del siglo XVIII. Ahora ya no estoy tan seguro, Ursula.

—¿Por qué? preguntó ella.

El joven entornó los ojos.

Cuando conversaban anoche en el dormitorio de Weissen, Harro le llamó Jakob. Weissen se enojó y le dijo que debía llamarle Jacques.

—Es su nombre, Egbert.

—Pero Jakob es lo mismo que Jacques... y lo mismo también que Jacobus.

Ella tenía la boca abierta. Tras una leve interrupción, Spencer prosiguió:

—En aquella época, el siglo XVIII, me refiero, era costumbre que los científicos y autores de libros más o menos científicos, latinizasen su nombre. El latín era la lengua culta y común de la ciencia y, repito, muchos autores traducían su nombre a ese idioma.

—Bueno, Jacobus si es la traducción latina de Jacques...

—Weissen es un derivado alemán de *weiss,* blanco. Albinus es derivado latín de *albus,* también blanco. ¿Lo comprendes ahora?

Ursula lanzó una mirada de horror al libro.

—Quieres decir que el Jacobus Albinus que escribió este libro y el que tiene tu tío el profesor... ¿son la misma persona?

El lo dice así y yo me siento inclinado a creerle.

—Por Dios, no, no... —exclamó ella con voz crispada—. Es algo absolutamente imposible. Se conocen muchos casos de personas que han vivido ciento diez, ciento veinte, incluso ciento cuarenta años, pero trescientas... Es físicamente imposible, fisiológicamente irrealizable, aunque disponga de los medios para ello...

—Suponiendo que naciera en 1680, como pretende, ahora tendría trescientos veintidós años. Pero durante ese tiempo, ha podido aprender cosas que nosotros no podemos imaginar siquiera y que le ayudan a conservarse tal como era a los treinta y siete añas, cuando publicó este libro —dijo Spencer con cierto apasionamiento.

—Suponiendo que sea cierto, sí, parece factible que haya tenido tiempo de aprender cosas que le permitan prolongar la existencia indefinidamente convino la muchacha—. Pero. ¿es cierto que los conjuros durante el plenilunio son indispensables para que él pueda seguir viviendo sin morir?

—La luna está a la mitad de la fase de creciente. Dentro de tres días estará en plenilunio. Parece ser que necesita una semana de conjuros, los cuales tendrán su fin cuando la luna esté a mitad de la fase de menguante. Eso, entre otras cosas que no sabemos todavía.

—Muy bien, Egbert, démoslo por cierto. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la muerte de mi madre?

La pregunta de Ursula volvió a Spencer a la realidad,

—Lo averiguaré prometió solemnemente—. Pero tú tienes que seguir buscando los documentos.

—No te preocupes. Acabaré por encontrarlos contestó la muchacha.

CAPITULO X

El correo y los periódicos llegaban a Schwarzstein con regularidad. Tanto las cartas como los diarios y las revistas, quedaban en una bandeja, situada sobre un gran arcón en el vestíbulo. Spencer repasó el contenido de la bandeja, para ver si tenía alguna carta. Luego examinó los periódicos por encima.

De pronto, captó una noticia que llamó extraordinariamente su atención.

Durante unos momentos, reflexionó profundamente. ¿Debía creer en supersticiones que tenían relación con las fases de la luna?

Y si era así, ¿por qué no probarlo?

Miró a derecha e izquierda. No había nadie en el vestíbulo.

Los periódicos eran dos y, doblándolos, los guardó bajo la chaqueta. Luego fue a la biblioteca y se cerró con llave por dentro.

Momentos más tarde, los dos diarios ardían en el hogar de la chimenea. Spencer permaneció allí, hasta que vio que el papel quedaba reducido a cenizas absolutamente irreconocibles.

Después, abrió una ventana y dejó que la estancia se ventilase, a fin de que se disipase el olor a humo. Al cabo de un rato, cerró y volvió a su trabajo.

Media hora más tarde, alguien forcejeó con el picaporte. Spencer fue a abrir y se encontró cara a cara con Weissen.

—Dispense —sonrió—. Estaba tirando unas placas del libro y no quería que nadie me interrumpiese por el momento.

—Siento haberle molestado —se disculpó el sujeto—. En tal caso, me marcharé...

—Oh, no. en absoluto. Ya había terminado por hoy... Es un libro muy interesante, se lo aseguro.

—Lo celebro infinito. ¿Puedo preguntarle si tardará mucho todavía, profesor?

—Tres, cuatro días... No mucho más tiempo. Ya me doy cuenta de las molestias que le causo...

—Bueno, no se preocupe. El caso es que realice su trabajo a plena satisfacción. Si necesita algo, no tiene más que pedirlo.

Spencer se inclinó ligeramente.

—No sé cómo agradecer tanta amabilidad —contestó—. El estudio de este libro es algo apasionante, créame. Hay unos pasajes que me han llamado especialmente la atención... Dígame, barón, ¿cree usted posible que una persona pueda encontrar la fórmula para vivir indefinidamente? —dijo Weissen—. Hay hechos y sucesos que escapan a las explicaciones lógicas de la ciencia pero que, no

obstante, son absolutamente realeo y totalmente demostrables.

—Como, por ejemplo, vivir trescientos años.

Weissen seguía sonriendo, pero Spencer notó en su rostro una levísima crispación.

—¿Por qué no? Si se encuentra la fórmula apropiada, desde luego —respondió Weissen.

—Fausto la encontró, barón.

—Pero tuvo que vender su alma al diablo, esto es, a Mefistófeles.

—Eso es sólo una leyenda. Dejando aparte el pacto con el demonio, ¿cree posible que una persona pueda alcanzar, si no la inmortalidad, sí una existencia muy superior a lo normal?

—Estoy seguro de ello, profesor.

—¿Puede indicarme algún caso? Si lo conoce, claro.

—Si algún día me encuentro con alguna persona en semejantes condiciones, no dudaré en llamarle, se lo aseguro.

Weissen era muy escurridizo y no quería mostrar por completo sus canas, pensó el joven. Decidió variar el tema, por el momento.

—Barón, en este libro se menciona también a lo» vampiros. A no ser que mueran atravesados por una estaca, pueden vivir también centenares de años —dijo.

—Una existencia muy poco agradable, profesor. Sólo pueden moverse de noche. Durante el día, tienen que permanecer en su ataúd. ¿Cree que una vida as! es agradable? Sin poder contemplar la luz del sol, ni disfrutar de los alegres colores del campo en primavera o, aunque sea invierno, con la lluvia y la nieve, que también tienen su encanto... No irá a pensar que yo soy un vampiro, ¿verdad? —rió Weissen.

Spencer le enseñó un pequeño crucifijo que llevaba pendiente por una cadenita del cuello.

—¿Le asusta?

—Lo respeto.

—Además, ahora son las dos de la tarde. Si fuese usted un vampiro, tendría que estar en su ataúd hasta la noche. Por cierto, son noches apropiadas; la luna está en creciente y pronto alcanzará el plenilunio.

La cara de Weissen se deformó durante un cortísimo instante. Spencer captó el veloz cambio de expresión. Pero el sujeto se recobró casi en el acto.

—Es una época muy buena —respondió —. Con su permiso, profesor.

Weissen se marchó. Spencer sacó tabaco y se puso un cigarrillo en la boca.

Más tarde, buscó y encontró el medio de cambiar unas cortas palabras con Ursula.

—¿Podrás venir esta noche a mi habitación?

Ella alzó las cejas y el joven se echó a reír.

—Es una proposición totalmente honesta —añadió.

—¿A qué hora? —sonrió ella.

—Cuando duerman todos.

—Está bien. Egbert.

Spencer subió más tarde a su habitación. Aquel extraño ruidito volvió a repetirse.

Intrigado, se detuvo a mitad de la escalera. Había allí un gran cuadro, de indudable antigüedad, prácticamente su único mérito, ya que como obra artística dejaba bastante que desear. Pero el marco era enorme, grueso, dorado y el conjunto resultaba muy decorativo.

El cuadro representaba a una mujer de cierta edad, sentada en un sillón de alto respaldo, con un lebrel dormido a los pies. Debía de ser una de las antiguas castellanas de Schwarzstein, supuso.

Dada su posición en la pared curva de la escalera, el cuadro quedaba por el centro ligeramente separado de la pared. El ángulo inferior derecho estaba a dos palmos del peldaño más próximo, en tanto que el otro ángulo quedaba a una distancia aproximadamente doble.

De repente, Spencer aplic6 la oreja a la tela, patinada por el paso de los tiempos, y creyó percibir el ruido con mayor intensidad. El sonido, sin embargo, se apagó a los pocos momentos.

Desconcertado, se irguió.

—Esto parece una transmisión en Morse —murmuró.

CAPITULO XI

Ursula llegó alrededor de la medianoche y Spencer la recibió en la puerta. Ella se dio cuenta de que apenas había luz en lactancia.

—¿Por qué no enciendes más lámparas? —se extrañó.

—Aguarda un momento, por favor.

Spencer asió el brazo de la muchacha y la condujo al cuarto de baño.

—No hagas ruido — aconsejó.

El baño estaba completamente a oscuras. Spencer había quitado ya el espejo del lavabo y ella pudo apreciar el débil resplandor que se filtraba por el agujero que había en la pared.

Al otro lado, se oía una extraña melodía, que brotaba de los labios de un hombre. Spencer hizo que la muchacha aplicase el ojo al agujero.

—No comentes nada —susurró a su oído—. Luego hablaremos.

Ursula se quedó estupefacta al contemplar la escena que se producía al otro lado. Al cabo de unos momentos, se volvió hacia el joven.

—Espera —dijo él.

Spencer se dispuso a colocar el espejo. En el mismo instante, la voz bronca y poco agradable de Harro atravesó el orificio.

—Tengo que hablar con usted, señor Weissen.

—Maldita sea. Harro... ¿Por qué me interrumpes, precisamente ahora? ¿No podrías haber esperado unos minutos?

—Déjese de ceremonias estúpidas. ¿Cree que nos va a engañar con esas tonterías? Hicimos un trato, ¿recuerda?

—Si. ¿y qué? Vosotros parecéis estar rompiéndolo a cada momento...

—No me diga —se burló Harro—. Usted sí lo cumple puntualmente, ¿verdad?

—Está bien, dejemos esto —propuso Weissen cansadamente—. ¿Qué diablos ocurre ahora?

—El cuerpo de Pfasslink ha desaparecido.

—¡No puede ser, Harro!

—He hecho pesquisas. Yo lo dejé en la puerta del alcalde. Nadie ha visto nada, nadie sabe nada de un cadáver... supuestamente desangrado por un vampiro.

—Bueno, la culpa no es mía. Yo no liquidé a Pfasslink. Me limité a cumplir mi papel, sirviendo de cebo. Lo que pueda pasar es de tu exclusiva responsabilidad.

—Maldición, usted podría...

—Harro, no me vengas con tonterías. También tu cometes

errores. Yo me he metido en el bolsillo a la población de Höffenburgh, con la historia de los vampiros. ¿Podría hacer algo más? ¿Es que tú y esa detestable zorra no tenéis ojos, oídos y manos? Entonces, ¿de qué os quejáis?

—En parte, tiene razón —admitió el criado—. Pero usted tendría que solucionar el problema del inglés cuanto antes.

—Déjalo, no tiene importancia... Sólo es un científico chiflado.

—¡Hum! Yo no me fiaría en absoluto. No hay inglés en el extranjero que no sea miembro del Intelligence Service.

Weissen se echó a reír.

—A vosotros, los dedos se os antojan... espías —dijo—. El inglés lo único que quiere es fotografiar un libro, eso es todo.

—Tarda demasiado —rezongó Harro.

—Tiene que hacerlo con cuidado. No se trata de una fotografía de aficionado.

—Muy bien, lo tendré en cuenta. Pero opino que debería despachar a los tres.

—¿Los tres?

—Si. el inglés, la chica... y esa otra persona, usted sabe a quién me refiero.

—Ya me lo pensaré. Dame dos días solamente. Harro.

—Pero ni un minuto más, ¿estamos?

—De acuerdo, hombre.

Harro se fue hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió y miró burlonamente a Weissen.

—De verdad, de verdad, ¿cree que eso le prolonga la vida?

—Harro, eres un imbécil y por eso no te comunico mi secreto —contestó Weissen altivamente—. Sin embargo, debes saber que necesito hacerlo, al menos una vez al año, en plenilunio y en las inmediaciones del otoño. Si tú creyeras, yo te haría partícipe —contestó el criado.

La puerta se cerró. Spencer tuvo una súbita inspiración y corrió hacia la de su dormitorio.

Abrió una rendija. Matilde, cubierta por una bata, aguardaba en el corredor.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Le he concedido dos días de plazo. Esto tiene que acabar; no podemos continuar corriendo más riesgos. Si no se decide él. lo haremos nosotros. Ya hemos tenido bastantes contemplaciones con ese loco, que se cree haber nacido hace más de trescientos años.

—Está chiflado, pero sólo en ese aspecto. En otras cosas, nos ha ayudado bastante, debes reconocerlo.

—Matilde, en este oficio los sentimentalismos no tienen cabida. Dos días y ni uno más, ¿comprendes?

—Sí. ¿Qué está haciendo ahora. Harro?

—Prefiero divertirme de otra manera, encanto. ¿Y tú?

Matilde le besó.

—Y yo también —contestó ardientemente.

La pareja se alejó. Spencer regresó al baño y colocó el espejo en su sitio.

—¿De quién era la habitación? —preguntó.

—De mi madre. No creo que ella hiriese el agujero...

—O quizá si. Lo malo es que no podemos preguntárselo. Bueno, lo mejor será que te vuelvas a la cama. Ah. si no me ves por la mañana, no te preocupes: tengo que ir al pueblo.

—¿Ocurre algo. Egbert?

—Simplemente, quiero hacerle un par de preguntas a Gudrun.

* * *

—El ataque de la baronesa, tratando de sorber tu sangre, fue un cuento, ¿verdad?

El rostro de Gudrun se quedó repentinamente sin color. Spencer, con una jarra de cerveza en la mano, parecía sentir cierta indiferencia hacia la cuestión.

—No... no es cierto... Ella me atacó...

—Es posible que lo hiciera, aunque no llegó a morderte. Personalmente, pienso que alguien dio una droga a la baronesa y la enloqueció momentáneamente. Luego simularon que habías perdido algo de sangre *y* te pusieron dos señales en el cuello. Como las que se usan en el cine, claro, puro maquillaje.

—Pero yo sentí sus dientes…

—Vamos, vamos. Gudrun. el mordisco no existió realmente. ¿Por qué no confiesas la verdad? ¿Que te prometió Weissen? ¿El titulo de baronesa para más adelante?

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó ella, completamente derrotada.

—Si realmente te hubieran clavado dos colmillos en la garganta, aún conservarlas las señales, aunque fuesen muy débiles. Pero no hay el menor rastro de las cicatrices que, supuestamente, deberían haberte quedado. Todo lo que te dijo Weissen acerca de la fórmula para curarte el vampirismo no fue más que truco, comedia, en suma, para que tú pudieras actuar con sinceridad, creyendo realmente que habías sido mordida. ¿Es verdad o no?

Gudrun bajó la mirada.

—Sí — dijo con voz apenas audible.

—Gracias. No temas, no diré nada a nadie. Pero tú has de contestarme a una pregunta.

—¿De qué se trata?

—¿Era realmente la baronesa aquella mujer que estaba en el ataúd?

—Yo no le vi la cara, pero supongo que sí era ella.

—¿Nadie le vio la cara después?

—Darrad. el alcalde, y unos cuantos más, muy pocos. Pero todos dijeron que no se podía reconocer a la muerta. Al ser atravesada por la estaca, su cara se convirtió en algo horrible, demoniaco...

Spencer apuró la cerveza y puso una moneda sobre el mostrador.

—Un consejo. Gudrun dijo—. No repitas a nadie lo que hemos hablado. No digas nada... o tu vida no valdrá siquiera diez *pfennings,* ¿entendido?

El pánico asomó a los ojos de la joven.

—¿Crees que él...?

Spencer hizo un gesto afirmativo.

—Te mataría con la misma facilidad que tú puedas matar a una mosca —respondió.

* * *

Estaba al pie de la iglesia y contempló el campanario, a poco más de veinte metros del suelo. Unos meses antes, un infeliz sacerdote se había precipitado al vacío en aquel lugar. Todos decían que era suicidio, pero Spencer, de acuerdo con la tesis de su tío, rechazaba la idea.

De pronto, se acercó a la puertecita que daba a la torre y la abrió. Había una escalera de caracol en penumbra y empezó a subir los escalones.

Momentos después, llegaba al campanario. Miró hacia abajo. Parecía poca altura, pero sintió vértigo y se retiró en el acto.

Durante unos momentos, contempló el pueblo a vista de pájaro. El castillo se divisaba asimismo con todo detalle.

Era un panorama muy agradable, ensombrecido, sin embargo, por unas muertes que no tenían explicación aparente. Höffenburgh, de todos modos, volvería a ser un lugar agradable cuando todo hubiera pasado.

De pronto, vio algo que llamó su atención. Inclinándose, examinó el antepecho de piedra. Aquel rasguño... aunque ya había pasado algún tiempo, era relativamente reciente.

El hueco era amplio y el antepecho muy bajo, pero suficiente para lo que el autor del rasguño había necesitado. Bruscamente. notó una extraña sensación.

Giró en redondo. Harro le sonreía a pocos pasos de distancia.

—Así que lo ha averiguado —dijo el criado.

Spencer se dio cuenta de que había sido seguido hasta allí. Harro debía de ser un experto, porque no lo había advertido hasta el último instante. —contestó.

—No debería haber subido aquí —dijo Harro con fingido pesar.

—Ya no puedo evitarlo. Harro, debo admitir que fue un truco muy hábil.

—¿Verdad que sí? —sonrió el sujeto—. A ver, profesor, cuéntemelo usted; quiero comprobar si su versión coincide con la mía.

—Muy bien. El padre Franz había prohibido que se tocase la campana porque estimaba que era una ceremonia impía. El barón, sin embargo, no podía prescindir de un toque de funeral, para causar mayor efecto en la escenografía de la muerte del vampiro. Supongo que Weissen debió de esperar a un día apropiado, con lluvia y niebla muy baja. Entonces, usted vino al campanario y se puso a tocar la campana. Recuerdo perfectamente que la bruma lo ocultaba por completo desde la calle, es decir, llegaba a ocho o diez metros del suelo y esto tiene más de veinte.

Bien, el padre Franz no creía en supersticiones y quiso averiguar quién tocaba la campana. Subió al campanario y se encontró con usted. Estoy seguro de que ya tenía preparada la cuerda con el gancho de hierro, para bajar por el lado opuesto a la puerta, donde no le vería nadie. Ese gancho ha dejado, lógicamente, una señal en el borde del antepecho. Usted no es una pluma precisamente, Harro.

—Me maravilla su intuición, profesor —dijo el criado—. Supongo que será por su origen, inglés, como Sherlock Holmes.

—Sherlock Holmes lo habría averiguado al instante —contestó la joven—. Resumiendo, el padre Franz llegó al campanario y le encontró a usted. Las fuerzas de ambos no se pueden comparar. Naturalmente, el padre Franz perdió y saltó por el ventanal. Luego usted, descendió por el otro lado, con la cuerda, que sacudió desde abajo, para hacer saltar el gancho, y se perdió por los campos, para regresar a Schwarzstein sin ser visto. ¿He omitido algo, Harro?

El sujeto hizo un gesto con la cabeza. —contestó—. Excepto una cosa, profesor.

—Usted tiene algo que decirme a mí, Harro —pidió Spencer.

—¿De qué se traca?

¿Era realmente la baronesa aquella mujer a la que clavaron una estaca en el pecho?

El rostro de Harro se convulsionó. Sus ojos despidieron llamas de ira.

—Profesor, en su relato de los hechos ha omitido un detalle.

—Sí, lo mencionó antes, pero, ¿cuál es el detalle?

—¡Usted va a seguir el mismo camino que el cura!

Harro lanzó un potente grito, a la vez que saltaba hacia adelante, con las manos tendidas hacia el joven. En el último instante. Spencer se agachó velozmente.

El criado pasó por encima de él. Spencer se incorporó, haciendo voltear el cuerpo de Harro, que se precipitó a través del hueco.

El alarido del sujeto descendió velozmente. A Spencer le pareció que el padre Franz volvía a gritar.

Luego se oyó un sonido espeluznante. Spencer no quiso asomarse siquiera.

Contempló el hueco unos instantes. En realidad, Harro habría caído por si solo, arrastrado por su propio impulso, al no encontrar la resistencia deseada, pero no lamentó haber ayudado un poco a aquel viaje que había terminado en las duras losas de la calle.

—Por el padre Franz —murmuró.

CAPITULO XII

Darrad murmuró unas palabras de condolencia y luego se retiró. Spencer observó a Weissen.

El dueño del castillo no parecía sentirlo demasiado. Matilde mantenía cierta firmeza, pero era fácil apreciar que interiormente se sentía terriblemente agitada.

Weissen subió a su habitación. Matilde, al cabo de unos momentos, se marchó también. Spencer y Ursula quedaron solos.

—Fue Harro —dijo él, pasados algunos momentos.

—¿Harro?

—El apellido, verdadero o no, era Brüttdorf, aunque eso no tiene importancia alguna —añadió Spencer. Me refiero a que fue él quien mató al padre Franz, arrojándolo de lo alto del campanario, cuando descubrió la superchería de la campana que tañía sola el toque de funeral.

—Y él ha muerto de la misma manera...

—He conseguido que Darrad y las gentes del pueblo se pongan de mi lado. Expliqué al alcalde lo que sucedía y se mostraron horrorizados de haber sido cómplices de un crimen incalificable.

—El asesinato de mi madre —murmuró la joven.

—No estoy seguro de que fuese tu madre la mujer a la que se clavó la estaca en aquella tétrica ceremonia. Si hubiese sido ella, ¿por qué desfigurarle el rostro?

—¿Cómo dices?

—La mujer a la que se acusaba de vampirismo tenía el rostro cubierto por un velo blanco, muy espeso, que impedía ver sus facciones. Cuando le clavaron la estaca, empezó a brotar humo de debajo del velo, un humo denso, pestilente. Más tarde, se descubrió ese velo, pero entonces vieron que su cara se había transformado en una cosa monstruosa, demoniaca; algo verdaderamente horripilante. Pero ninguno de los que vieron aquello podrían afirmar que fuese el rostro de tu madre.

—¿Estás seguro. Egbert?

El joven hizo un gesto con la cabeza.

—Absolutamente. He comentado el hecho con Darrad y me lo ha confirmado. Suponían que la muerta era tu madre y así lo han creído hasta ahora, pero ninguno de los que la vio con la cara descubierta, insisto, puede asegurar que fuese ella. Weissen les dijo que aquello ocurría a los vampiros después de muertos y todos, crédulos e ingenuos, se tragaron la fábula.

—Entonces, ¿hemos de deducir que mataron a otra persona en lugar de mi madre?

—Pudiera ser. Ursula.

—Suponiendo que eso sea cieno, ¿quién era, entonces, la mujer que estaba en el atad?

—A mí se me ha ocurrido una idea, aunque me gustaría comprobarla —dijo Spencer.

—Habla, por favor.

—La maestra. Zarah Kopff, desapareció el mismo día que murió tu madre. Del supuesto amante, no se ha vuelto a saber nada más. Claro que no podían poner al hombre en el ataúd; aun cubierto con el velo, se habría notado la superchería. Si lo asesinaron, su cuerpo está enterrado en algún lugar donde quizá no podamos hallarlo jamás. Pero de Zarah se deshicieron mediante ese procedimiento que, como se suele decir, les vino de perillas para eliminar a una persona incómoda.

—¿Por qué había de resultarles Zarah incómoda? —se extrañó la muchacha.

—No lo sé. Hay todavía una serie de enigmas que no acabo de comprender. Por supuesto, la muerte de Zarah en lugar de tu madre no es sino una hipótesis. Tendríamos que confirmarla...

—Encontrando el cadáver de mi madre.

Spencer asintió.

—Exacto. Es horrible tener que hablar así, pero no nos queda otro remedio.

—Después de tanto tiempo, ya me he acostumbrado a lo peor —dijo Ursula—. Dime, ¿cómo podríamos confirmar la muerte de la maestra?

Spencer lanzó una mirada a través de la ventana.

—Esta noche —contestó—. Aguardaremos a que él esté realizando su conjuro. Y mañana, con la luna llena...

—¿Qué, Egbert? —preguntó la muchacha ansiosamente.

—Mañana comprobaré realmente si Jacques Weissen es Jacobus Albinus, nacido en 1680.

Ella se estremeció.

—Un hombre con más de trescientos años de edad.

—O un impostor con la cara tan dura como el granito —sonrió Spencer—. Pero, en uno u otro caso, un sanguinario asesino.

* * *

Para llamar a Ursula, le bastó entreabrir la puerta de su dormitorio. La muchacha ya estaba preparada y se le unió inmediatamente.

—¿Weissen? —preguntó.

En su dormitorio, bailando a la luz de la luna contestó él burlonamente.

Salieron del castillo. Caminaban con paso vivo. Ursula no se rezagaba respecto de Spencer. Menos de un cuarto de hora más tarde, llegaron a la casa de la maestra.

—¿Qué vas a ver aquí? —preguntó la muchacha.

—Quiero registrar la casa centímetro a centímetro. Tal vez encontremos dos cadáveres, el del amante de Zarah y el de tu madre... y tal vez, no encontremos nada. Pero así saldremos de dudas.

Aunque sintió un escalofrío. Ursula se mostró de acuerdo con los propósitos de Spencer. Extrañada, sin embargo, le vio sacar una llave.

—¿Cómo la ha conseguido?

La casa es de Darrad y se la alquilaba a la maestra. Zarah desapareció hace unos seis meses, pero había pagado todo el año por adelantado. El alcalde es muy estricto, ¿comprendes?

—Si, desde luego.

Spencer aguardó a estar dentro, para encender las luces. Comprobó los postigos de las ventanas y vio que no salía fuera el menor rayo de luz. Entró en la sala y la estudió con detenimiento.

Al fondo estaba la chimenea. Spencer se acercó, cogió un atizador y se lo entregó a la muchacha.

—Golpea el suelo suavemente. Cuando encuentres sonido a hueco, avísame.

—Está bien.

Spencer pasó a la habitación contigua y empezó a realizar la misma operación, con la ayuda de la pata que había arrancado de una silla vieja. Una hora más tarde, volvieron a reunirse en la sala, un tanto sucios y fatigados y sin haber obtenido el menor resultado.

—No creo que estén aquí. En todo caso, habría que levantar el pavimento y eso serla tanto como destrozar la casa —dijo Spencer.

—En el cementerio hay tierra de sobra para dos tumbas —contestó la muchacha sombríamente.

—Si, pero yo pensé que...

Spencer se calló de pronto. Después de seis meses, se había acumulado bastante polvo en la sala. Sin embargo, se notaban trozos relativamente limpios en los lugares donde había sido hallado el cuerpo de Ruden.

En la chimenea, los dos morillos estaban rematados por sendas bolas de metal, tan grandes como el puño. Una de ellas estaba cubierta de polvo. La otra aparecía limpia en su mayor parte.

Spencer se acercó y examinó la bola. Todavía quedaba un poco de polvo, como si alguien la hubiese agarrado con la mano, sin molestarse en limpiarla previamente. De pronto, obedeciendo a una inspiración, agarró la bola y la hizo girar hacia la izquierda.

La esfera se hallaba sujeta al hierro por una rosca y estaba hueca. Al levantarla. Spencer vio que asomaba una especie de tubo oscuro, de un material muy flexible, y se imaginó en el acto lo que era.

—Los enigmas se empiezan a aclarar —dijo, satisfecho.

—Seguirán siendo enigmas —sonó de pronto una voz amenazadora.

Spencer se quedó quieto, en la misma postura, con la bola en la mano. Ursula lanzó un grito y se volvió en el acto.

Matilde estaba en la puerta de la sala, con una pistola en la mano. El cañón estaba prolongado por un tubo grueso, cuyo significado saltaba a la vista inmediatamente.

* * *

—¡Señora Ersting! —exclamó la joven.

—Les he seguido —dijo Matilde—. Ustedes han encontrado lo que el torpe de Harro no pudo hallar.

—Ah, fue Harro —dijo Spencer, sin volverse todavía—. Yo pensé que habría sido el barón.

—Sí, fue Weissen, pero éramos nosotros los interesados en Ruden —respondió el ama de llaves—. Ferdy Ruden no era lo que pretendía y su prometida tampoco. No les diré lo que eran, porque no les importa en absoluto. En estos momentos, sólo hay una cosa que tiene interés para ustedes.

—Nuestras vidas, ¿verdad?

—En efecto.

—Ursula, la señora Ersting tiene un arma en la mano, supongo.

—Si, Egbert —confirmó la muchacha—. Una pistola muy extraña, con un tubo en la boca del cañón...

—Un silenciador —explicó Spencer—. Señora Ersting, ¿qué es lo que busca usted?

—Lo que tiene en la mano, profesor —contestó Matilde.

—Estaba dentro de la bola. Se habrá quemado, a causa del fuego de la chimenea.

—Zarah no la encendía jamás. Decía que era alérgica al humo de leña. Por eso usaba calefacción eléctrica. Pero dentro de esa bola guardaba...

Matilde se interrumpió bruscamente. Spencer sonrió.

—¿Mensajes secretos, señora?

—Basta —dijo el ama de llaves—, Entrégueme la bola inmediatamente. Hemos pasado seis meses buscando ese maldito mensaje y ahora no voy a desaprovechar la ocasión.

¿De veras quiere la bola, señora Ersting?

—¡Démela de una vez! —chilló Matilde descompuestamente.

—Está bien... ¡Ahí va!

Spencer giró velozmente sobre sí mismo, a la vez que lanzaba la bola con todas sus fuerzas. A pesar de que estaba hueca, era bastante gruesa, lo que le confería un enorme peso.

La esfera de hierro alcanzó a Matilde entre los dos ojos. Se oyó un seco chasquido. El ama de llaves cayó fulminada, como si la hubieran apuntillado.

Ursula permanecía en pie, sin haber tenido tiempo de asombrarse. Spencer corrió hacia el ama de llaves y se arrodilló a su lado. Luego levantó la mirada.

—Muerta —dijo.

Ella se estremeció.

—Lo siento —añadió Spencer. Era su vida o la nuestra. Estaba decidida a liquidamos.

—Pero, ¿qué sucede aquí, Egbert? —preguntó Ursula, cuyos nervios estaban a punto de saltar.

—En el fondo, un asunto de espionaje —contestó él.

Recogió la bola, extrajo el tubo y se lo echó al bolsillo.

—Regresemos —dijo.

—¿Qué pasará con el cuerpo de la señora Ersting?

—Ya se ocuparán de él —Spencer se apoderó del brazo de la muchacha—. Algún amigo de Zarah y de Ferdy —agregó.

Ursula se dio cuenta de que el joven sabía algo más de lo que aparentaba, pero no se atrevió a preguntarle nada.

CAPITULO XIII

Por la mañana. Weissen echó en falta al ama de llaves.

—Creo que se marchó anoche, barón —dijo Spencer con aire de indiferencia—. La vi tomar un coche y...

Contra lo que esperaba, Weissen lanzó un profundo suspiro de alivio.

—Contrataré otra sirvienta —manifestó.

—¿Gudrun?

—Es probable. Nos veremos luego, profesor.

—Muy bien.

Ursula trajo el desayuno.

—No parece sentirse muy afectado por la ausencia de Matilde —dijo.

—Al contrario, yo diría que se siente muy aliviado.

—¿Le forzaban a tenerlos como sirvientes?

—Es lo más probable. Seguramente, conocían algún pasaje turbio de su vida... De todos modos, él también se aprovechó de la situación. A costa de tu madre, por supuesto.

—Es horrible no saber dónde está enterrada; ni siquiera puedo llevarle un ramo de flores...

—En cambio, quizá puedas llevarle el desayuno.

Ursula sintió que se le paralizaba la respiración.

—¡Egbert! ¿Qué estás diciendo? —exclamó.

Spencer se puso dos dedos en los labios.

—Silencio —ordenó—. No alces la voz. Sólo es una sospecha, pero tengo que comprobarlo.

—Dios mío... la cabeza me da vueltas... Mi madre viva... pero, ¿dónde ha pasado estos seis meses? ¿Quién la ocultaba. Egbert?

Sonriendo. Spencer tomó un sorbo de café. Luego se puso en pie.

—Vamos a comprobar mi teoría —propuso.

Ella le siguió inmediatamente. Estaban en la cocina y salieron al vestíbulo. Spencer subió por la escalera y se detuvo al pie del cuadro de la dama con el lebrel.

—Cierto día. vi a Harro que subía los primeros peldaños, pero no llegó al piso superior. Por mi situación, no pude ver dónde se había metido, pero tuvo que ser aquí a la fuerza —dijo.

Agarró el cuadro por una esquina y lo hizo girar a un lado. Ursula lanzó un grito de sorpresa al ver una puerta de madera en la pared.

La puerta era algo más pequeña de lo normal, a fin de permitir que el cuadro la ocultase por completo. Spencer hizo girar el picaporte y un negro hueco quedó al descubierto.

Inclinándose, pasó al otro lado. Encendió la luz y varias lámparas,

de gran potencia, disiparon la oscuridad en el acto.

Ursula se sentía estupefacta. Había allí varios aparatos nuevos, relucientes, brillando como si acabaran de salir de la tienda. También vio varios pares de auriculares y tres monitores de televisión.

—Una emisora completísima, incluso con circuito cerrado de televisión, para observar todo lo que sucede alrededor del castillo —explicó el joven—. Incluso es posible que las cámaras, situadas en lo alto, dispongan de sistemas de visión nocturna. así fue, sin duda, como avistaron al pobre Pfasslink.

—Entonces, tienes razón; es asunto de espionaje. ¿Para qué bando?

—A tu padrastro le daba igual, con tal de que le pagasen bien. Las tierras y el castillo no son bienes demasiado productivos. Casi cuesta tanto mantener la propiedad como los beneficios que reporta. Pero los otros... —Spencer hizo un gesto con la cabeza.

—El Este —dijo ella.

—Sí, seguro. Hasta ahora, Harro y Matilde se habían deshecho de todos los agentes enviados a destruir este nido de comunicaciones. Incluso puede que la idea del vampirismo fuese de ellos, a fin de justificar en cierto modo algunas muertes que, de otro modo, habrían parecido inexplicables.

—Pero los cadáveres aparecían exangües...

—Procura mantener tranquilo tu estómago. Les extraían la sangre con una bomba manual y la depositaban en un saco de plástico. A veces, lo hacía el propio Weissen. En el fondo, es un sádico.

Ursula se tapó la boca con una mano.

—Un saco lleno de sangre...

—Willy Schull sacó uno con su anzuelo. Debió de arrojarlo Weissen, pero no se le desató y... Bueno, no quiero seguir más con este tema. Ahora pasaremos a otro asunto mucho más importante.

Spencer terminó de recorrer el cubículo y se detuvo ante un lienzo de pared, que no se diferenciaba en nada del resto.

—No soy un mago —explicó—. Sucede que anoche vi a Weissen venir aquí y le seguí sin que se diera cuenta. Lamentablemente, tuve que esperar porque no era todavía el momento apropiado. Ahora si, porque prefiero que lo hagas tú: quizá el tenga otras intenciones y debemos evitarlo.

Spencer apretó un punto de la pared y ésta giró en parte, dejando al descubierto un hueco, al otro lado del cual se vela una habitación agradablemente decorada. Sentada en el lecho, había una mujer, todavía joven y hermosa.

Ursula no podía hablar; tenía un nudo en la garganta. Durante unos segundos, pensó en los seis horribles meses que había permanecido su madre allí, encerrada, aislada de todo el mundo, sin el menor

contacto con el exterior. Luego, tambaleándose, avanzó hacia el lecho.

Marpha se levantó de un salto.

—No griten, por favor —recomendó el joven.

Y se volvió de espaldas, para no presenciar el encuentro entre la madre y la hija.

Al cabo de un rato, todavía en la misma postura, dijo:

—Ursula, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí. Egbert... todo lo que quieras... No sé cómo darte las gracias...

—Olvídalo —contestó él bonachonamente—. ¿Dónde puedes esconder a tu madre? Si él viene y la encuentra... Debe de darse cuenta de que esto está a punto de terminar. Ha respetado la vida de tu madre, porque le convenía, pero quizá haya cambiado de opinión. En todo caso, más vale estar prevenido, ¿comprendes?

—En la habitación alta del torreón —dijo Marpha . El no va allí nunca y, en el peor de los casos, puedo cerrarme por dentro. Tiene una puerta muy sólida...

—No se hable más, señora —cortó Spencer—. Ursula, mañana habrá terminado esta pesadilla. En cuanto a tu madre, podrá solicitar el divorcio, alegando que fue obligada al matrimonio. bajo la influencia de las drogas. ¿No es así, señora?

—Me han drogado muchas veces y he debido de hacer cosas horribles, pero nunca me casé con Weissen, pese a lo que él pudiera decir en ese sentido —declaró Marpha sorprendentemente.

—Muy bien, señora. En este caso, el asunto tiene aún más fácil la solución.

—¿Cuándo llegará. Egbert? —inquirió Ursula.

—Hoy mismo, a la medianoche, con el plenilunio.

Era una respuesta de cuya firmeza no se podía dudar. Ursula sintió un inmenso alivio al escuchar aquellas palabras y se dijo que la pesadilla de los últimos meses tocaba ya a su fin. Nadie tendría que decir ya de ella que era de estirpe de vampiros.

* * *

La estancia se hallaba a oscuras, alumbrada solamente por los rayos de la luna que penetraban a través de los ventanales abiertos. Situado sobre el tapiz con el círculo y la estrella, Weissen entonaba su extraño conjuro, con los brazos extendidos y los ojos semicerrados.

La puerta se abrió silenciosamente. Spencer entró, seguido de la muchacha. Weissen tardó unos segundos en darse cuenta de que no


estaba solo.

Bajó los brazos. Sus ojos parecieron encenderse como dos minúsculas lamparitas rojas.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó hostilmente—. Márchense, déjenme en paz...

—Tenemos que hablar con usted, barón dijo Spencer. Perdón, le he dado un título enteramente inapropiado. Usted no llegó a casarse con la baronesa.

—¿Puede demostrar lo contrario? Tengo documentos...

—Falsos.

—Bien, ¿qué importa eso? Ella me sirvió para mis fines.

—Me lo imagino. El castillo y las tierras no rinden demasiados beneficios. Matilde y Harro le pagaban generosamente por su «hospitalidad», ¿no es cierto?

—Es la primera vez que unos sirvientes pagan al amo rió Weissen.

—Tengo la impresión de que le gustaba el juego. Había emoción, aventura, riesgo... y también asesinatos, claro está.

—Es una guerra y siempre hay bajas —contestó el sujeto cínicamente.

—También existen compensaciones. Por ejemplo, los encantos físicos de Gudrun. Pobre chica, llegó a creerse que un día seria baronesa.

—A su manera, me ayudó bastante. Claro que también cobraba lo suyo; no desempeñó aquella comedia gratuitamente.

—Sí, fue un buen truco para deshacerse de alguien que estorbaba. Por cierto, la mujer vampiro que estaba en la caja... ¿había sido narcotizada previamente?

—Desde luego. Era preciso evitar que hiciese un movimiento delator antes de tiempo.

—Sin embargo, el dolor de la estaca fue tan grande, que disipó en fracciones de segundo los efectos del narcótico.

—Contaba con ello. Bueno, fue idea de Harro. Era un químico notable.

—Sí, seguramente fue él quien preparó el truco del ácido bajo el velo para que se quemasen las facciones de la muerta. De este modo, no se podía reconocer a Zarah Kopff, ¿verdad?

Weissen entornó los ojos.

—Lo sabe también —murmuró.

—Si quería matar a la baronesa, ¿por qué no mostrar su rostro después de la ceremonia?

—Hicimos un trato. Conseguí que respetaran la vida de Marpha, pero insistieron en que debía tenerla encerrada. Les diré dónde está...

—No se moleste, ya la hemos encontrado.

—Vaya —Weissen alzó las cejas—. No se priva usted de nada, profesor.

—El titulo corresponda a mi río. Yo vine en su lugar tanto por el libro como por averiguar de verdad qué pasaba aquí.

—¿Lo ha conseguido?

Spencer asintió.

—He encontrado una larga lista con nombres, que consiguió Zarah y que Ferdy, su supuesto prometido, no pudo encontrar. En fin, me temo que los asuntos de espionaje no le interesan a usted para nada.

—Puede estar seguro de ello —rió Weissen—. Es más, voy a decirle una cosa: mañana mismo abandonaré Schwarzstein.

—Después del plenilunio, supongo.

—En trescientos años, se adquiere mucha experiencia. Incluso pude haberme convertido en un vampiro, de acuerdo con las normas que hay en el libro que escribí en 1717. Pero no quise: debe de ser algo horrible vivir solamente durante la noche... Preferí aplicarme a la prolongación de la existencia, mediante ciertas fórmulas que están vedadas a los profanos. Viviré otros tres siglos, o cuatro, o cinco... ¿quién sabe?

—Entre esos métodos, fórmulas, se encuentra el recitado de ciertos conjuros a la luz de la luna, en el plenilunio, y una vez al año, por lo menos, aproximadamente hacia el otoño.

—Cierto. La luna llena, contra lo que digan algunos, adquiere su mayor potencia en los inicios del otoño. Yo recibo sus rayos benéficos y...

—Es imposible, imposible —habló Ursula por primera vez—. Ese hombre no puede ser tan viejo.

—Ahora lo comprobaremos —dijo Spencer—. Señor Weissen, ¿leyó usted los periódicos de dos días antes?

—No, no me preocupa la prensa. Normalmente, no me molesto en fruslerías. Eso. para un hombre de mi edad, no tiene importancia.

—En este caso, si debiera haberse preocupado un poco de leer los periódicos. ASÍ sabría que hoy, a estas horas, se producirá un eclipse de luna total.

Weissen se puso rígido un instante. Luego lanzó un aullido.

—¡No, no es posible!

De pronto, corrió hacia la ventana. En el borde de la luna, se apreciaba ya el principio de la sombra causada por el paso del planeta ante el sol.

—¡No... no! —gimió—. El eclipse no...

—Está loco, loco de remate —bisbiseó Ursula.

—¿Está loco o es cierto que tiene trescientos veinte años de edad? —murmuró Spencer.

Weissen parecía haber perdido las fuerzas súbitamente. Estuvo unos momentos en pie y luego cayó de rodillas, con el rostro vuelto hacia la luna.

Sonidos inarticulados brotaban de su garganta. Inexorablemente, la sombra avanzaba en el espacio, ocultando gradualmente el disco plateado del satélite.

Spencer y Ursula contemplaban la escena en silencio. Ella se dijo que la actitud de Weissen no era sino una impostura, destinada a sacar provecho de una situación crítica. Tal vez intentaría escapar, cuando el eclipse produjese una oscuridad absoluta.

Pero Weissen no se movía. Pasado un buen rato, Spencer buscó el interruptor de la luz.

Ursula lanzó un grito de terror. Spencer se inclinó sobre el cuerpo caído en el suelo.

Buscó su pulso. Ya no había latidos en el corazón.

Luego fijó la vista en las arrugadas facciones de Weissen, el rostro de un hombre infinitamente viejo. Había vivido trescientos años, pero, en muy pocos minutos, había recorrido de golpe todo aquel tiempo, y no era sino un inanimado montón de huesos y carne apergaminada.

El resplandor de la luna se extinguió totalmente. Luego, el borde luminoso empezó a asomar por el otro lado de la sombra.

Spencer asió el brazo de la muchacha.

—Reúnete con tu madre —dijo—. Yo me ocuparé del resto.

—Sí, Egbert.

Spencer miró un instante a Ursula y sonrió.

—No eres hija de vampiros —añadió.

* * *

—Bien —dijo Spencer días más tarde—, tengo que volver a Inglaterra. ¿Puedo saber qué harán las señoras?

Marpha se pasó una mano por la frente.

—Creo que haré un largo viaje. Necesito olvidar, reponerme...

—Si yo estuviese en su lugar, señora, haría algo más. No todos los hombres son como Weissen.

—Confieso que me embaucó en un principio. Supongo que fue en un momento de debilidad —dijo la madre de Ursula.

—Usted, sin embargo, no se fiaba de él y por eso hizo el 3gujero en el cuarto de baño, ¿verdad?

—Gudrun iba muchas veces a su dormitorio. En realidad, no tenía por qué contratarse como sirvienta en casa. Supongo que él trataba de conquistarla, para que le ayudase más tarde en aquella infame comedia...

—Empiece a olvidar, baronesa; es lo mejor —aconsejó Spencer.

Marpha sonrió. Luego se levantó y salió de la estancia.

—Egbert, ¿es cierto lo que dijo Harro? Todos los ingleses, en el

extranjero, son miembros del Intelligence Service... —preguntó la muchacha.

Spencer se echó a reír.

—Bueno, al menos en esta ocasión, sí, pero fue algo accidental. debido a la casualidad que me hizo estar presente cuando mataron al supuesto vampiro. Alguien se lo pidió a mi tío, mi tío me lo pidió a mí...

—Y ahora te vuelves a Inglaterra, para rendir cuentas.

—Y entregar las fotografías del libro de los vampiros, claro. Pero volveré a Schwarztein muy pronto, no te preocupes.

—Spencer, mamá saldrá de viaje muy pronto. Si no te importa, iré contigo a Inglaterra. ¿Qué voy a hacer aquí, sola?

—¿Y allí?

—Al menos, estaré contigo —sonrió Ursula.

Spencer se acercó a la muchacha y la abrazó con fuerza.

—Presiento que me vas a acompañar durante mucho tiempo —dijo ardientemente.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España